Títulos del Señor

JOSÉ FLORES

155

José Flores

TITULOS DEL SEÑOR

Iglesia Evangélica - Judea - Santa Cruz de Mudela
DE

Literatura Cristiana
MADRID

Tipografía PAIVA - Lisboa

«A LOS CRISTIANOS EVANGÉLICOS ESPAÑOLES EN SU DOLOR...»

Indice

Introducción	página	7
Capítulo I. — EL NOMBRE DE JEHOVA.	»	15
Capítulo II. — EMANUEL	»	25
Capítulo III. — EL MESIAS - CRISTO .	»	35
Capítulo IV. — EL NOMBRE DE JESÚS .	»	45
Capítulo V. — LOS «HIJOS DE» . .	»	55
Capítulo VI. — CONTRASTES DE JESÚS.	»	69
Capítulo VII. — LA PALABRA (o sea el Logos)	»	83
Capítulo VIII. — EL CONSOLADOR . .	»	95
Capítulo IX. — JESÚS, EL MAESTRO .	»	109
Capítulo X. — LAS GLORIAS DE CRISTO	»	119

Librería Evangélica - Madrid - Santa Cruz de Mudela
DEI

Introducción

Una de las frases olvidadas del Evangelio es ésta, del Maestro: "Si a mí me han perseguido, también a vosotros perseguirán", y como quiera que el cristiano no es un seguidor de una filosofía, ni de una religión, sino el seguidor de un hombre, o, más exactamente, de un Dios-hombre, no puede, a menos de negar su vocación, escapar al camino ya señalado por el Guía.

El mahometano puede serlo fielmente, con independencia de Mahoma, el budista puede cumplir con lo establecido sin conocer a Buda (estas son religiones) y el filósofo puede seguir el pensamiento platónico sin conocer a Platón (esto es filosofía), pongo por ejemplos, en tanto que el cristiano no puede dejar de conocer y de seguir a la Persona fundadora del Cristianismo, esto es a su Guía.

La cuestión de la vida de Cristo es predominante en nuestros días y en los últimos sesenta años se han escrito numerosas "Vidas de Cristo" en los diferentes países, viniendo a robustecer la posición de la Iglesia Cristiana el análisis y exámen minucioso de sus documentos y los descubrimientos arqueológicos, como el de los pergaminos del Mar Muerto. Tenía, pues, razón Carlyle al decir que "si se hubiera perdido la doctrina de la divinidad de Cristo, el cristianismo se hubiera desvanecido como un sueño", y más razón aún Lecky cuando dijo que el Cristianis-

mo no era sistema alguno de moral, como los existentes antes y después de nacer Jesús, sino "la adoración de una Persona". De ahí que uno de sus discípulos más íntimos exclamara en aquel maravilloso resumen: "Vimos su gloria... lleno de gracia y de verdad".

Hemos dicho que Jesús es el Guía, y así sus propios perseguidores reconocían que él hablaba "como quien tiene autoridad y no como los escribas". Tan pronto apareció en Galilea, enseñando y predicando, fue reconocido como guía. Se destacó de manera majestuosa por encima de los enseñadores de la Torá y llamaba con un autoritativo "sígueme" a sus discípulos, quienes abandonaban todo y seguían a Cristo, seguían a una Persona, se llamaban crist-ianos, andaban tras sus pisadas. ¿No había dicho él "yo soy el camino"?

Ahora bien, la vida de Jesús no fue sólo la de un Guía, sino la de un triunfador que por su triunfo salvó, la de un Siervo sufriente que "fue molido por nuestros pecados" y como una oveja fue llevado a ser muerto, sin defenderse. Fue un triunfador en medio de una vida de conflictos y combates incesantes, librados contra las fuerzas del mal, y es aquí donde los cristianos evangélicos españoles deben encontrar su mayor consuelo en la época triste actual... Cristo fue sin pecado, y, sin embargo, fue condenado como malhechor, fue la Verdad y se le condenó como embustero, vino a cumplir la Ley de Dios y fue condenado por violar la Ley, reconoció su título de Rey, pero se vio condenado como traidor, operó milagros y se le condenó como si fuera diablo, perdonó pecados y se le tildó de impostor, dijo ser Dios y fue muerto como si fuera blasfemo.

Cada generación cristiana debe ser consciente de que es guiada por Jesús, que es su Guía, y debe entender que los distintos problemas que presente cada generación son conocidos por Cristo, el triunfador. Por tanto, el cristiano debe enfrentarse con los problemas de su época valientemente, sin temor, sabiendo que el Guía ha pasado ya por allí y que ha dejado sus pisadas para sus seguidores... En el mundo, sabemos, opera un Adversario que ha sembrado cizaña entre el trigo y ha conquistado una apreciable cantidad de seguidores, pero el cristiano sigue a Cristo, en espíritu y en verdad, desconfiando de los falsos maestros, que se disfrazan de ángeles de luz...

Se dice que no es posible escribir una biografía de Jesús, porque no se puede establecer con seguridad el orden cronológico de sus visitas y de sus actos, pero al Cristianismo le basta con robustecer en su corazón la fuerte personalidad de su Maestro, Salvador y Guía, para cumplir su cometido, y así como un buen cuadro al óleo tiene que contemplarse desde distintos puntos de mira para admirar toda su belleza, Jesucristo puede ser considerado de diversas maneras y ofrecer distintas respuestas a la pregunta: "¿Qué pensáis del Cristo?" tomando como base los distintos títulos que El mismo reconoció como propios y que permitió que le dieran los demás. De esta manera podremos llegar a lo que llamaríamos la "vida interior de Jeús" que, en suma, es más importante que la exterior, física o cronológica. Es curioso recordar que en el período de las catacumbas, como se ve en las mismas pinturas de la época, los cristianos resumían los nombres de Cristo por excelencia en aquel famoso acróstico que tiene forma de pez porque en griego pez es "ijzus" y cada una de

las letras inicia una palabra (Iesus Jristós Zeu Uios Sotér) que significa JESUCRISTO HIJO DE DIOS SALVADOR, en conjunto.

Sabemos que los nombres en la Biblia tienen un significado, circunstancia que cobra mayor relieve cuando vemos que, en ocasiones, los nombres de varones de Dios son cambiados: Abram en Abraham, Jacob en Israel, Salomón en Jedidiah, etc. Dios mismo ha ido revelando al hombre sus propios nombres divinos, a fin de que aquél pudiese conocerle mejor, y, como dice Lindsay Alexander: "...todos los nombres con que la Biblia designa a Dios son significativos y por ello cada uno se presenta como símbolo de alguna verdad de El que quiere que recibamos..."

Y si nosotros nos identificamos más cada día con nuestro Guía, conociéndole más, a través de sus distintos títulos, estaremos en condiciones de "atravesar" victoriosamente el duro camino que la época nos enfrenta, sabiendo esto: que las victorias ya alcanzadas son seguro anticipo de victorias futuras. El cristiano, esperando el reino de Cristo sobre la tierra, lo vive ya por anticipado, pues lo que Dios promete lo cumple. El dijo: "Yo estoy con vosotros todos los días..." y así es. ¿Será Dios menos que un hombre? Entre las curiosidades del Banco de Inglaterra, se ven ciertas cenizas que son los restos de billetes que fueron quemados en el gran incendio de Chicago. Después de apagado el terrible incendio, se encontraron aquellas cenizas y se colocaron cuidadosamente entre planchas de grueso cartón para llevarlas a Londres. Y, después de aplicar productos químicos y de lograr descubrir el número y el valor de los billetes, el Banco de Inglaterra pagó el dinero a sus dueños. Si una promesa humana puede mantenerse de esta manera, ¡cuánto más Dios cumplirá las suyas!

Decimos que el Antiguo Testamento es el libro de la expectación por cuanto el pueblo queda pendiente de la llegada del Mesías y sabemos que Jesús afirmó ser el mismo Mesías. El se identificó con Dios y con las obras de Dios diciendo: "Mi Padre hasta ahora obra y yo obro" y afirmando: "Todas las cosas me son entregadas de mi Padre y nadie conoció al Hijo, sino el Padre, ni al Padre conoció alguno sino el Hijo y aquel a quien el Hijo lo quisiera revelar". Tenía, pues, autoridad suficiente para ser el Guía, el Consolador, el Salvador, el Rey de sus seguidores, cuando dijo: "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados que yo os haré descansar".

Han pasado dos mil años y las palabras que pronunciara el Maestro de Galilea tienen la misma vitalidad y universalidad que entonces. Han aparecido y desaparecido civilizaciones, imperios y naciones han surgido y caído, costumbres y tradiciones han pasado a la historia, pero Jesús y sus dichos, Jesús y sus discípulos, siguen siendo una continuación eterna. El Cristianismo vive en su ser las palabras del eterno Guía: "Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no andará en tinieblas, más tendrá la lumbre de la vida"... "Yo soy el pan de vida; el que a mí viene nunca tendrá hambre y el que en mí cree no tendrá sed jamás"... "Yo soy la resurrección y la vida; el que en mí cree aunque esté muerto vivirá"... ¡Cuán maravillosas promesas para el cristiano evangélico que sufre...!

Napoleón confesó una vez: "Alejandro, César, Carlomagno y yo hemos fundado grandes imperios,

pero ¿de qué dependían estas creaciones de nuestros genios? ¡De la fuerza! Sólo Jesús fundó su Imperio sobre el amor y hasta el día de hoy millones de personas morirían por El". En muchos campos de misión los "enviados" de Jesús han dado sus vidas por el Maestro y la están dando, ¿cómo habéis de andar preocupados, cristianos evangélicos? ¡Vuestra es la victoria porque el Caudillo Victorioso, Jesucristo, está con vosotros!

Era de noche y el mar estaba muy agitado. El viento contrario alzaba el barco, henchía las velas y rompía las cuerdas, haciendo a los hombres juguetes de la tempestad. El cielo muy negro encogía el alma de aquellos pescadores que, no sabiendo ya qué hacer, se aferraban al maderamen para no ser tragados en los terribles descensos que parecían no tener fin para remontarse de nuevo con velocidad inesperada, dando un terrible tirón de sus entrañas. Era la cuarta vela y nadie desde tierra podría verles. Incluso el Maestro les había dejado solos porque había "subido al monte a orar". ¿Quién podría salvarles de aquella muerte cierta? ¿Quién os podrá salvar a vosotros, cristianos evangélicos, solos en la noche, sin nadie que os divise y venga en vuestro socorro desde lejos? ¿Quién va a impedir que una de esas olas gigantescas no os barra y os sepulte en la oscuridad de un mar agitado contra vosotros?... pero hay unas palabras maravillosas en la Biblia: "se fue al monte a orar... y los vio fatigados bogando porque el viento les era contrario...". En la negrura de la noche, a lo lejos, al otro lado, desde donde nadie veía a los hombres que iban a ser tragados, Jesús les veía... y vino en socorro de ellos ANDANDO SOBRE LA MAR... y este milagro se repite cada día

porque Jesús ve a los suyos y viene a ellos para impedir que las olas les traguen.

Fue Tertuliano quien dijo que a medida que los cristianos eran más perseguidos se hacían más numerosos y así la sangre de los mártires se convertía en "la semilla de la Iglesia". De Pedro, una de las columnas de la Iglesia, luego de ser metido en la cárcel y azotado, se dice que fue crucificado boca abajo. Su fidelidad le permitió sufrir persecución por el nombre de su Maestro. Santiago, hermano de Juan, fue también a la cárcel y un rey malvado le decapitó. Pablo, el gran apóstol, cuya vida de intensa devoción fue quemada como pura llama de luz a través de los siglos, escribió: "nadie me sea molesto porque yo traigo en mi cuerpo las marcas del Señor Jesús". Los cristianos evangélicos no podrán jamás ser "tragados" por las olas. El Maestro les ve, les defiende y les lleva a la Mansión eterna.

La suprema demostración de tal actitud ante un mundo de tinieblas es, como insinuamos al principiar, la del propio Guía, la de Jesús. En la cruz, viendo al Santo, al bendito Hijo de Dios crucificado, la maldad y la agonía llegan a su máximo. El diablo se ha metido a religioso y ha movido a la religión oficial de la nación para perseguir a la Verdad, a la Palabra de Dios hecha carne, y el dolor que le rodea es tan grande que el Maestro exclama: "Padre mío, si es posible pase de mí este vaso, empero no como yo quiero, sino como tú".

Y así dice la escritura: "todos los que quieran vivir píamente en Cristo Jesús padecerán persecución", con lo que se ha dicho bien que la obra de Jesucristo en el corazón de sus seguidores, la obra del Maestro en las vidas de los verdaderos cristia-

nos, constituye el quinto evangelio, aquel que leen más frecuentemente los hombres y las mujeres de la calle...

"...estando atribulados en todo, más no angustiados, en apuros, más no desesperados, perseguidos más no desamparados, abatidos más no perecemos; llevando siempre por todas partes la muerte de Jesús en el cuerpo, para que también la vida de Jesús sea manifestada en nuestros cuerpos..."

Meditemos en los distintos aspectos, en las distintas lecciones, en los distintos nombres o títulos de nuestro Guía, de nuestro Salvador, y fortalezcamos nuestras vidas de testigos en un mundo que no nos conoce...

Madrid, Navidad de 1958

CAPÍTULO PRIMERO

El Nombre de Jehová

Dios existe. Cuando nacen nuestros hijos lo vemos, en el misterio de la vida. Cuando parten familiares y conocidos lo vemos, en la perplejidad de la muerte. Un famoso ateo murió preguntándose: «¿Qué me sucedería si la Biblia fuese verdad?» ¡Desgraciado del ser que no crea en Dios! Y es palabra del Altísimo que no quedará sin recompensa el incrédulo. Su afirmación viene de los primeros tiempos de la vida del pueblo de Israel, cuando se escribió en el libro de Levítico (cap. 24): «el que blasfemare el nombre de Jehová ha de ser muerto». De modo contrario, por simple lógica, la persona que quiera vivir ha de acogerse al nombre de Dios, al «nombre de Jehová».

Es de tal fortaleza y potencia el nombre de Dios que la Biblia lo describe así: «Torre fuerte es el nombre de Jehová. A él correrá el justo y será levantado» (Prov. 18:10) y el famoso rey David le considera en sus salmos dieciocho y ciento cuarenta y cuatro como «roca, castillo, libertador, fuerte y escudo». ¡En la desconcertante inseguridad de nuestra vida, cuán consolador nos resulta el pensar que tenemos una torre fuerte y un refugio, el nombre de Dios!

La vida es como una carrera, que nos exige abandonar todo peso para avanzar más, es como una batalla que nos pide estar alerta cual un guerrero, se presenta como gigantesco problema, lleno de perplejidades y sorpresas cada día, y en ella encontramos, más pronto o más tarde, que nuestras fuerzas flaquean, que nos sentimos derrotados, que no podemos sobrevivir a las circunstancias, pero para el justo, para el que ama a Dios, siempre está abierta la puerta de esa torre fuerte, que es el nombre de Jehová.

Siempre encontraremos fuerzas que luchen contra nosotros, y, a veces, por dolorosa paradoja, cuando no veamos al enemigo, el ataque contra nosotros será más fuerte. No podemos olvidar la frase de San Pablo sobre que nuestra lucha es contra «principados, contra potestades, contra señores del mundo, gobernadores de estas tinieblas, contra malicias espirituales en los aires», de modo que ¿quién podrá resistir?

La edad en que vivimos está llena de cosas que imposibilitan nuestro deseo de vivir piadosa y santamente. Hay hombres que logran enormes éxitos sin tener en cuenta a Dios en sus actos y vez tras vez en la Historia, cuando parece que alborea un día de felicidad, se nubla de repente la esperanza y unas tinieblas nos obligan a vivir como de noche... tenemos el problema del dolor, universal, de la angustia y, por último, el problema de nosotros mismos, de nuestro Yo. ¿Es que no luchamos también contra nosotros mismos? ¡Sea el nombre de Jehová nuestro refugio cada día!

Pero el nombre de Jehová (que también se translitera YAVE) viene relacionado con la antigua economía, es decir con el Antiguo Testamento, con los judíos, y en todas las páginas de la Sagrada Escritura este nombre particular aparece revelado por cuatro consonantes hebreas, sin vocal alguna. Este tetragramaton (cuatro consonantes) constituye la luz y el centro de la religión hebrea. Este nombre aparece compuesto, según sea su revelación a: Abraham en la montaña, dispuesto a matar a su hijo (Gen. 22), a Moisés, en el valle perseguido por los egipcios (Ex. 17), a los israelitas, sedientos en el desierto (Ex. 15), a Gedeón, en la paz de su campiña frente al poder de los madianitas (Josué 6), a Jeremías, en el fondo de su prisión (Jere. 23), a Ezequiel, en el exilio junto al río Chebar (Ez. 48), a David, en la angustia de muerte (Salmo 23). Para Abraham, el nombre fue Jehová-Jireh (el Señor proveerá), para Moisés Jehová-Nissi (el Señor, nuestra bandera), para Ismael Jehová-Rafa (el Señor, tu Sanador), para Gedeón Jehová-Shalom (el Señor nuestra paz), para Jeremías Jehov-a-Tsidkenu (el Señor nuestra justicia), para Ezequiel Jehová-Shamah (el Señor está ahí), para David Jehová-Kaab (el Señor es mi pastor). Para todos ellos el nombre de Dios fue una «torre fuerte», como lo es hoy para cualquier hombre que le busca con deseo.

Tal vez alguno crea que su situación es verdaderamente trágica, tal vez alguien se sienta llevar como Daniel hasta el foso de los leones, se vea perseguido, en un trágico conflicto... Piense en aquel joven piadoso y sepa que Daniel no estuvo en el foso de los leones, sino dentro de la torre, y que la fortaleza del nombre de Jehová cerró las bocas de los leones. Con aquella gloriosa seguridad y confianza, contestó por la mañana: «Oh, rey, para siempre

vive. El Dios mío envió su ángel, el cual cerró la boca de los leones para que no me hiciesen mal porque delante de él se halló en mi justicia».

Es Jehová la palabra más frecuentemente usada para la Deidad en el Antiguo Testamento y ocurre más de 6.823 veces, yendo en ocasiones unida a la voz Elohim. Los dos nombres, sin embargo, pueden, en alguna ocasión, encontrarse separados en el mismo versículo, como en Génesis 20.13: «Yo soy Jehová, el Elohim de Abraham tu padre y el Elohim de Isaac».

La voz Jehová puede significar a un tiempo, según las autoridades en hebreo, ser y vivir, de donde resulta que cada vez que nos encontramos con dicha palabra hemos de pensar en términos de existencia y de vida. No en balde leemos en Isaías 43: «...que yo soy El y antes de mí no fue formado Elohim ni lo será después de mí. Yo soy Jehová y fuera de mí no hay Salvador».

Se toma como al más grande comentarista judío de la Edad Media a Moisés Maimónides, el cual dice: «Todos los nombres de Dios que aparecen en la Escritura se derivan de sus obras, excepto uno, y ese es «Jehová», llamado el nombre claro porque de modo llano e inequívoco enseña la sustancia de Dios». También en Girdleston, *O. T. Synonyms*, página 62, encontramos: «En el nombre de Jehová se expresa de modo claro la personalidad del Ser Supremo. Por todas partes aparece como nombre propio que denota la persona de Dios y a El solamente. Los hebreos pueden decir el Elohim, el Dios verdadero en oposición a todos los dioses falsos, pero nunca dicen el Jehová porque Jehová es el hombre del Dios verdadero solamente. El judío dice una y otra vez «mi

Dios», o «mi Elohim», pero nunca «mi Jehová» porporque cuando dice «mi Dios» ya está significando a Jehová. Habla el judío del Dios (Elohim) de Israel, pero nunca del Jehová de Israel porque no hay otro Jehová. Habla del Dios vivo, pero nunca del Jehová vivo porque no se puede concebir a Jehová de otro modo, sino es vivo».

Veamos, por tanto, que la palabra Jehová significa «existencia en movimiento», o sea «revelación constante». el que vive para siempre, aquel de Deuteronomio 6.4: «Oye, Israel, Jehová nuestro Elohim es un Jehová» (es decir, no hay otro).

El rey David, en su Salmo 68, dice: «Cantad a Dios... ensalzad al que sube... en JAH su nombre...», haciendo una contracción del nombre de Jehová, como en otros lugares, y convirtiéndolo en la última sílaba de la palabra «hallelujah» (aleluya). Pero hay un sentido interesante en el tetragramaton hebreo, el de la continuada existencia o el de la revelación continua, que se refleja en la conversación que sostiene Moisés en Exodo 3.14: «...respondió Dios a Moisés: YO SOY EL QUE SOY...» y nos enseña que Dios, Jehová, es el que existe en una revelación constante, haciéndose siempre conocer, contrariamente a las divinidades paganas que quedan en revelaciones pasadas. Jehová vive en continua actividad y El quiso ser conocido por este nombre, como dijera expresamente en Exodo 34.5-7: «Y Jehová descendió en la nube y estuvo allí con él proclamando el nombre de Jehová. Y pasando Jehová por delante de él proclamó: «Jehová, Jehová fuerte, misericordioso y piadoso, tardo para la ira y grande en benignidad y verdad».

Elohim es el nombre general de Dios referente

a la creación y preservación del mundo, en tanto que Jehová es el nombre de la revelación, y como tal se presenta a Israel. Para Japhet y sus descendientes él es el Elohim, la Deidad trascendental, pero para Shem y sus descendientes, Abraham, Isaac, etc., es Jehová, el Dios de la revelación. Todas las naciones tienen su Elohim, pero el Elohim de Israel es Jehová por lo que ellos exclamaban: «Oh, Jehová, tú eres nuestro Elohim...» (2.ª Cr. 14.11), como El mismo les había mandado en el Levítico: «Santos seréis porque santo soy yo Jehová vuestro Elohim» (19.2) y así los serafines cantaban: «Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos».

Tan santo era el nombre que Israel temía incluso pronunciarlo y hasta nuestros días el nombre de Jehová jamás se lee en las sinagogas de los judíos, sustituyéndosele por la palabra «adonai», que significa «mi señor».

Este Dios verdadero, que se revela continuamente, se reveló en la Persona de Jesucristo y, de manera natural y continuada, se identifica a Jesús con el Jehová del Antiguo Testamento porque El afirmaba y demostraba: «Yo y el Padre una cosa somos». Así cuando el Viejo Testamento nos dice: «Mirad a mí y sed salvos todos los términos de la tierra... ciertamente en Jehová está la justicia y la fuerza; a Jehová vendrán los hombres...» (Isaías 45) estamos contemplando la cruz de Cristo, donde sólo hay salvación, y a los hombres acudiendo a El.

Cuando el Rey prometió llegó en forma de niño, el primero que le saludó, Simeón, parafraseó el Salmo 67 que, comparado con el relato de Lucas 2, muestra al mismo Dios verdadero: «Dios tenga misericordia de nosotros y nos bendiga. Haga resplandecer su rostro sobre nosotros (bendijo a Dios y dijo: ahora despides, Señor a tu siervo, conforme a tu palabra, en paz)... para que sea conocido en la tierra tu camino, en todas las gentes tu salud (porque han visto mis ojos tu salvación, la cual has aparejado en presencia de todos los pueblos)... alábente los pueblos (Israel), oh, Dios, alábente los pueblos todos, alégrense (los gentiles) y gócense las gentes (luz para ser revelada a los gentiles y la gloria de tu pueblo Israel)».

En Mateo encontramos también paralelos con el Antiguo Testamento para mostrar que Jesús es el mismo Salvador que Jehová; por ejemplo, el Salmo 107 y Mateo 8: «Díganlo los redimidos de Jehová.... los ha congregado de las tierras (y os digo que vendrán muchos del oriente y del occidente)... envió su palabra y curólos y librólos de su ruina (más solamente di la palabra y mi mozo sanará)... hace parar la tempestad en sosiego y se apaciguan sus ondas (Señor, sálvanos que perecemos... reprendió a los vientos y a la mar y fue grande bonanza)»

Ningún judío instruido podía dejar de entender que Jesús decía ser el Jehová del Antiguo Testamento con aquella frase tan suya: «Yo soy», especialmente en el conocido pasaje de Juan 8, refiriéndose a Abraham («Abraham vuestro padre se gozó por ver mi día... antes que Abraham fuese, yo soy»), y Juan, por su parte, en el Nuevo Testamento dice de Jesús lo que David de Jehová en lo antiguo: «pero sabemos que cuando él apareciere, seremos semejantes a él»... «yo en justicia veré tu rostro. Seré saciado cuando despertare a tu semejanza» (1.ª Juan 3 y Salmo 17). Y de igual manera la comparación de 2.ª Pedro 1:11 con Salmo 16:9-11 y Romanos 3

con Salmo 143, etc., muestran que hoy tenemos nosotros al verdadero Jehová en Jesucristo, que hoy nuestra torre fuerte, nuestro castillo, nuestro refugio, en la persecución, en el dolor, en la angustia, es nuestro Salvador.

En el libro de Isaías encontramos la visión del profeta y aquellas notables palabras: «¡Ay de mí! que soy muerto; que siendo hombre inmundo de labios, y habitando en medio de pueblo que tiene labios inmundos han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos», pero en el Nuevo Testamento el Evangelista Juan interpreta aquello como que Isaías vio a Cristo toda vez que, haciendo alusión a pasajes parejos (Juan 12), termina diciendo: «Estas cosas dijo Isaías cuando vio su gloria y habló de él».

La profecía de Isaías armoniza perfectamente con aquella afirmación de San Pablo (1.ª Tim. 3.16): «...grande es el misterio de la piedad: Dios ha sido manifestado en carne...» y esto destruye la herética enseñanza de los Testigos de Jehová, como tantos otros pasajes, más si para el hebreo Jehová era el Pastor (Salmo 23), hoy para el creyente Jesús es quien dice con autoridad YO SOY el buen Pastor.

A poco que se medite veremos que se da a Jesús el título de Jehová en Zacarías 12.10: «...y mirarán a mí (Jehová) a quien traspasaron (Jesús) y harán llanto..» y esto que VIENE, según tantas indicaciones, para su pueblo, es, como leemos al empezar el Apocalipsis; «aquel a quien le traspasaron»

Cuando Isaías dijo: «Voz que clama en el desierto, barred camino a Jehová; enderezad calzada a nuestro Dios» (40.3) el Espíritu Santo apuntaba a Juan el Bautista ante Jesucristo, como vemos en

los Evangelios y así luego Tomás habría de decir: «Señor mío y Dios mío» confundido ante Jesús.

Comparando los siguientes versículos encontraremos que el Espíritu Santo, que inspiró la Biblia, equipara a Cristo con Jehová:

Dios-Jehová	Jehová-Cristo
Salmo 90.2 . . .	Miqu. 5.2
Isaías 44.6 . . .	Apocal. 1.17,18
Malq. 3.6. . . .	Hebreos 13.8
Deuter. 32.4. . .	Juan 14.6 y Heb. 4.15
Génesis 1.1 . . .	Juan 1.1,3
Proverb. 16.4 . .	Colos. 1.16
Génesis 18.25 . .	2.ª Cron. 5.10
Salmo 36.9 . . .	Juan 1.4

Por eso en el Nuevo Testamento se da con más frecuencia el título de Señor a Cristo, más de seiscientas veces, pues en él reside toda la potestad y todo el señorío. ¡Cuán gráficamente lo describe Juan en aquellas notables palabras: «todas las cosas por él fueron hechas y sin él nada de lo que es hecho fue hecho». Jesús, el Señor de todo, Jesús nuestro propio Señor.

Cuando él nació el anuncio que se hizo al mundo residió precisamente en eso: «Os ha nacido... un Salvador, que es Cristo, el SEÑOR», y esta palabra (en griego «kúrios») es la equivalente de Jehová, como puede comprobarse tantas veces en las citas que el Nuevo Testamento hace del Antiguo: «Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazón...» (Mat. 22 y Deut. 6)... «Por el Señor es hecho esto...» (Marc. 12 y Salmo 118)... «Enderezad el camino del Señor...»

(Juan 1, e Isaías 40), etc., etc. A mayor abundamiento, San Pablo resume nuestra lección en este versículo: «...no hay diferencia de judío y de griego porque el mismo que es Señor de todos, rico es para con todos los que le invocan» (Rom. 10.12).

En Marcos 13 Jesús afirma: «Vosotros me llamáis... Señor y decís bien porque lo soy», y viene luego San Pablo a decirnos «toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor...» (Filip. 2) con lo cual la confianza es plena y la seguridad absoluta. Si hoy nos sentimos débiles, flacos, impotentes, necesitados, aislados, perseguidos, clamemos como David («mi Señor»), como Elisabet («mi Señor»), como María Magdalena («mi Señor»), como Tomás («¡Señor mío y Dios mío!»), como Pablo («mi Señor»), como todos los que le aman y le siguen: ¡SEÑOR MIO!

CAPÍTULO II

Enmanuel

Sabemos que en el Viejo Testamento se encuentra a Cristo, y esta revelación del Hijo de Dios en todas las Escrituras ha dado lugar a pensamientos hermosos de siervos de Dios, que incluso han escrito libros sobre tan fascinante tema. Así se dice que Jesús es en el Génesis la Simiente de la mujer, en Exodo el Cordero Pascual, en Levítico el Sacrificio expiatorio, en Números la Roca herida, en Deuteronomio el Profeta venidero, en Josué el Capitán libertador, en Jueces el gran Guía, en Ruth el Pariente celestial, en los libros de Samuel, Reyes y Crónicas, el Rey prometido, en Esdras el Restaurador del templo, en Nehemías el Restaurador de la nación, en Esther el Abogado, en Job el Redentor, en los Salmos el Todo en todo, en Proverbios el Modelo, en Eclesiastés la Meta, en los Cantares el que Satisface o el esposo, en los Profetas el Príncipe de paz venidero, en los Evangelios el Cristo salvador, en los Hechos el Cristo resucitado, en las epístolas el Intercesor y en Apocalipsis el Cristo reinante.

Pero llegó un día en que toda la tipología del Antiguo Testamento, todo lo que era sombra, figura, profecía, se convirtió en realidad deslumbrante, se convirtió en carne y sangre. Fue aquel día central

en la cronología del mundo cuando Dios se hizo carne, cuando Jesús nació de mujer, cuando al hijo de María, aquella sorprendida virgen, fue llamado Enmanuel.

El término «encarnación» consta de tres partes: la primera significa «en», la segunda significa «carne» y la tercera un sufijo de acción; por tanto, la palabra determina el «acto de hacerse carne», especialmente la toma de naturaleza humana por parte de Jesucristo, segunda Persona de la Trinidad. Es natural que este sentido de la encarnación sea acontecimiento único en la historia del Universo, pues no se puede aplicar la palabra a seres creados, sino sólo a la Deidad.

De paso, la palabra nos indica la preexistencia del que se encarna porque se necesita la acción personal del que va a hacerse carne, y así el Señor Jesucristo pudo decir: «Antes que Abraham fuese, yo soy». Esto mismo nos está mostrando que el que se encarnaba no podía nacer según las leyes del género humano y la encarnación de Cristo no es un nacimiento de un ser, sino el acto de tomar carne por medio de una virgen el ser que ya era antes. San Pablo viene a dibujar su acción salvadora en la frase típica: «tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres». De consiguiente, es imposible aceptar que Cristo fue hombre según el tipo de Adam.

Fue ya antes de su nacimiento, en aquel libro de Isaías, llamado la más rica mina de la profecía mesiánica, cuando tuvo lugar el cuadro de la encarnación de Cristo, encerrado en aquella palabra: «He aquí que la virgen concebirá, y parirá hijo, y llamará su nombre Enmanuel... porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado; y el principado sobre su

hombro, y llamarase su nombre Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de Paz» (7.14; 9.6,7).

Y si Cristo ya era antes de su encarnación, no nos es difícil verle en aquellas teofanías del Viejo Pacto, profecías de su futura encarnación. En el volumen de los Padres de la Iglesia, Tertuliano nos dice que: «eran representaciones de su venidera encarnación... fue El quien en todas ocasiones bajaba a conversar con los hombres, desde Adam hasta los patriarcas y luego los profetas... así que fue El... no sino la misma Palabra que tenía que hacerse carne... acontecimientos que fueron como imagen, como espejo, como enigma de la Encarnación futura». En Exodo, 33.20 nos enteramos de que Dios dijo: «No podrás ver mi rostro porque no me verá hombre y vivirá». Hoy, en la dispensación de la gracia, sabemos que los hombres han podido exclamar: «Vimos su gloria».

Fue Jacob quien «vio a Dios cara a cara» (Gen. 32.30) sin morir, y más tarde Moisés y Aarón, Nadab, Abiu y los setenta ancianos «vieron al Dios de Israel» (Exo. 24.10) también sin morir. Según el Exodo (33.11) Moisés hablaba con Dios «cara a cara», Josué conversó con Dios (Jos. 5.15) y Manoa y su mujer vieron a Dios (Jueces 13.22).

Ya en el Nuevo Testamento, San Pablo insiste en que Dios «habita en luz inaccesible; a quien ninguno de los hombres ha visto ni puede ver...» (1.ª Tim. 6.16) y así la afirmación de Isaías («en el año que murió el rey Uzzias vi yo al Señor sentado sobre un trono alto y sublime...») el Espíritu Santo, en el Evangelio de San Juan, la aplica a Jesús (12.41).

Tenemos todos los atributos esenciales de la Di-

vinidad aplicados a Cristo, como iremos viendo, en un consenso general de los santos escritores de la Biblia y quizás el único adjetivo que en la Biblia se aplica al Padre y no al Hijo es el de «Invisible», pero entendemos sea por el carácter que sostiene como medio de comunicación entre el Creador y las criaturas; de aquí que se llame a Jesús «la imagen del Dios invisible» (1.ª Pedro 1.8 y Hebre. 11.27).

Estamos, pues, obligados a aceptar que quien era llamado Dios y Jehová, el resplandor de su gloria y su imagen, era el Hijo. Por eso se le adora como Dios, ya que él y el Padre son una cosa. Comparamos a este respecto el capítulo séptimo de este volumen en su referencia al sentido Memra-Jehová.

Los Testigos de Jehová, que tanta confusión siembran en las almas sencillas, deberían imitar a los siervos de Dios que se decían ser siervos y testigos de Cristo (Hech. 1.8), cuales Pablo (1.ª Timo. 1.1), Pedro (1.ª y 2.ª 1.1), Judas (1.1), Santiago (1.1) etcétera.

Los escritores de los Evangelios han testificado claramente de estos hechos, que Cristo fue concebido por el Espíritu Santo y nació de María Virgen, que fue Enmanuel, o «Dios con nosotros» (Mateo) que fue «Cristo el Señor» (Lucas), que fue «Dios mismo» (Juan). Por esto el propio Salvador exclamó: «Padre, glorifícame tú cerca de ti mismo con aquella gloria que tuve cerca de ti antes que el mundo fuese».

Escribió, pues, el evangelista Mateo: «Y llamarás su nombre Enmanuel», que declarado es: «con nosotros Dios», al principio de su libro, más al final del mismo termina con la misma idea: «que Dios está con nosotros», en las últimas palabras de su

libro: «he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo», pronunciadas por Jesús. Y aquí hemos de apelar a lo que, realmente, significaba un nombre para el judío. Es verdad que cuando uno piensa en Herodes recuerda su crueldad, cuando en Alejandro Magno sus conquistas, cuando en Demóstenes su elocuencia, en Beethoven la música, en Milton la poesía, cuando en Jesús su salvación y liberación, pero hemos de pensar en que para los orientales, y, por tanto, para los hebreos, el poner a los niños un nombre significaba algo. Así a las niñas los nombres que se les daba iban bien con sus gracias o carácter: Tabita o Dorcas significaba Gacela, Rhode significaba Rosa, Salomé significaba Paz, Esther significaba Estrella, etc., etc., y a los niños se les daba nombres especialmente que incluyeran a Dios y que significasen algo en la vida del hombre: Daniel es «Dios es mi juez», Elías «Mi Dios es Jehová», Elcana «Creado por Dios», Abdias «Siervo de Jehová», Ezequiel «Dios fortalecerá», etc., pero ninguna persona del mundo podía jamás dársele el nombre de «Con nosotros Dios», a menos que, en realidad, dicha persona fuese Dios mismo.

El nombre de Enmanuel aparece sólo tres veces en la Biblia, dos veces en Isaías y una en Mateo, y hemos de recordar que el nombre no le fue dado por una persona, ni siquiera por María, sino por «el ángel del Señor». Observemos que no se le llama Emmanu-ish, que significa en hebreo «hombre con nosotros», sino Emmanu-el, que significa «Dios con nosotros», viendo aquí la estrecha relación existente entre el pasaje de Mateo y la iniciación del Evangelio de San Juan, pues este último nos afirma que en el principio de los siglos Jesús estaba con Dios

y «era» Dios, y que en el tiempo aquel de la vida de Juan «se hizo carne», o fue exactamente «Dios con nosotros».

En otras palabras, la venida de Cristo al mundo constituyó el mismísimo centro de todo el plan eterno preparado por la Divinidad. Toda la Biblia nos presenta a Dios revelándose al hombre pecador, caído, con vistas a su redención y salvación. El hombre, hecho a la imagen y conforme a la semejanza de Dios, tenía inteligencia para conocer a Dios y en Cristo debía encontrar a su Creador viniendo en carne a su encuentro para librarle de su angustia, de esa especie de náusea existencialista, de esa impotencia para librarse de la muerte. Dios, el creador infinito, en su amor por la criatura hombre, iba a humillarse y a hacerse semejante al hombre. La persona, pues, de Enmanuel, según las palabras del profeta, tenía que ser absolutamente única y gloriosa, y por ello su venida al mundo tenía que ser también gloriosa, única, naciendo de una virgen bajo el poder sobrenatural del Espíritu Santo que vendría sobre ella.

Emmanuel, nombre que releva tal vez mejor que otros, la naturaleza de Cristo, indica su misión de revelador, como vemos en Juan 1.18 y en Mateo 11.27. Dios viene al hombre caído para salvarle, y Jesús no puede ser un mero ejemplo de hombre bueno, de Maestro excelente, sino el Dios eterno que participó de carne y sangre para morir en lugar del pecador en la cruz con el fin de redimirle. Vino a los perdidos (Mat. 18.11), a los pecadores (1.ª Tim. 1.15), a su pueblo (Mat. 1.21), al mundo (Juan 12.47) a los creyentes (1.ª Cor. 1.21) para salvar por su muerte a todos los que crean en El (Rom. 5.10)

(Hebreos 7,25). Y así Pablo confesó: «No me propuse saber algo entre vosotros, sino a Jesucristo, y a éste crucificado» (1.ª Cor. 2.2).

En Filipenses 2.6-8, refiriéndose a la gloria de Cristo antes de su encarnación, San Pablo usa las palabras «siendo» y «hecho». Este misterio resulta más excepcional cuando estudiamos lo que Cristo era y en lo que se convirtió por su intención de salvarnos. Podemos hacer un estudio interesante con las siguientes citas:

REFERENCIA	«SIENDO»	«HECHO»
Fiipenses 2:6-8	«en forma de Dios»	«semejante a los hombres»
Isaías 9:6; Lucas 2:7	«Dios fuerte»	niño recién nacido
Colosenses 1:16 15	Creador	criatura
Juan 13:13; Lucas 22:27	Señor	«el que sirve»
1.ª Cor. 15:47; Isaías 43:11	«Señor del cielo»	«siervo»
Hebreos 1:4; 2:9	«mejor que los ángeles»	«inferior a los ángeles»
Daniel 3:5; Lucas 19:10	«Hijo de Dios»	«Hijo del hombre»
2.ª Cor. 8:9	«rico»	«pobre»
2.ª Cor. 5:21	«sin pecado»	«pecado por nosotros»
Juan 17:5; Mateo 27:31	«glorificado»	«escarnecido»

¡Qué pensamiento tan maravilloso! Que aquel niño del pesebre fuese Dios mismo, caminase sobre

la tierra, ministrase a los pobres y necesitados, enfermos y afligidos, se erigiese en pastor de un rebaño abandonado y luego muriese como cordero silencioso para que ellos, sus ovejas, no muriesen... y llevarles con El a las alturas celestiales. Su presencia constante, después de su resurrección fue asegurada a todos sus humildes seguidores, de una manera real y patente. ¡He aquí una fuente de consuelo, de fortaleza y de ánimo! Dios con nosotros. ¡Alegría, que Dios está con nosotros!

Se dice que cuando Livingstone se encontró una vez sumido en dudas y cavilaciones para ir adelante en su empresa, leyó de nuevo la gran promesa: «Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. Por tanto, id... y he aquí yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo». Cerró en aquel instante la Biblia y dijo: «Esta promesa es palabra de caballero y un caballero no puede mentir». No podemos, pues, mis queridos amigos, pensar que Dios no está con nosotros en España, a pesar de las dificultades. Pero es necesario que cada día, al iniciar nuestra jornada, pensemos que Dios está con nosotros... ¡Sigamos adelante! Sigamos hasta el final de nuestras vidas, testificando de nuestro Salvador, luchando por la verdad bíblica y siendo «ayudadores juntamente con El» porque El ya está con nosotros.

Prosigamos hasta el fin, como Wesley. Cuando en 1789 se encontró falto de vista y viejo, continuó predicando y escribiendo hasta que pasó a la presencia del Señor, el 2 de marzo de 1791, pronunciando aquellas históricas palabras: «Lo mejor de todo es que Dios está con nosotros».

A la muerte de Moisés, Josué oye estas palabras de Dios: «Nadie te podrá hacer frente en todos los

días de tu vida: como yo fui con Moisés, seré contigo; no te dejaré ni te desampararé». En el capítulo seis de Jueces encontramos a Gedeón perplejo ante la grandeza del enemigo y su propia debilidad, pero Dios le dice: «Yo seré contigo y herirás a los madianitas como a un solo hombre». El salmista, en sus horas de angustia, viéndose perseguido y acorralado, tuvo fe para decir: «Cercano estás tú, oh Dios», (Salmo 119.151) y «No temeré mal alguno porque tú estarás conmigo» (23), en tanto que el autor de Hebreos, como un eco de la fortaleza y presencia eterna de Dios, nos exhorta: «Sean las costumbres vuestras sin avaricia; contentos de lo presente... de tal manera que digamos confiadamente: EL SEÑOR es mi ayudador, NO TEMERE lo que me hará el hombre», o, según otra traducción: «¿Qué puede hacerme el hombre?-

¡Gloria sea a nuestro Emmanu-El!

Capítulo III

El Mesías = El Cristo

El hombre se hallaba sumido en un estado de perdición, de muerte eterna, mas Dios, que es Vida, no deseaba su muerte, como ya dijimos, sino su renovación, y para ello era preciso que alguien se aprestara a la obra, obra de dolor, de angustia, de sacrificio sumo.

Al interrogante de la Biblia: «¿Quién irá?», una contestación surge, determinada, «Heme aquí para que haga, oh Dios, tu voluntad (en la cabecera del Libro está escrito de mí)» y de esta manera pudo escribir San Pablo, gráfica y lacónicamente, «CRISTO MURIO POR NOSOTROS» (Rom. 5.8).

Todas las doctrinas reveladas que, en conjunto, forman la Verdad de Dios, son importantes, por supuesto, y no podemos eliminar alguna de ellas para provocar el derrumbamiento del edificio que Dios ha levantado; por eso algunas iglesias y algunos cristianos andan con muletas porque les falta la potencia y el alimento en alguna de sus bases doctrinales; a veces alguien anda con una extremidad amputada porque eliminó alguna doctrina en su vida eclesiástica. Entre las doctrinas más importantes y fundamentales se encuentra la doctrina de que Jesús es el Cristo. Lamentablemente hay cristianos que no

han acabado de entender que el Cristianismo es «unción» y si no se reconoce la personalidad de Cristo la ciudadela del Cristianismo se derrumba.

«Cristo» es una voz griega que significa «ungido» y equivale a la voz hebrea «Mesías», que significa igualmente «ungido». Fueron ungidos los profetas, sacerdotes y reyes del Viejo Testamento que en el mismo se indican y así vemos, por ejemplo, «el ungido de Jehová» (Lam. 4.20; 1.ª y 2.ª Sam.), «mi ungido» (1.ª Sam. 2.35), «tu ungido» (Hab. 3.13), «su ungido» (Salm. 2.3) en cuyos casos se podía de igual modo decir: «el Mesías de Jehová», «mi Mesías», «tu Mesías», etc. Por eso cuando Andrés encontró a su hermano Simón Pedro le dijo: «hemos hallado al Mesías», añadiendo el evangelista San Juan: «que quiere decir el Cristo». Y en el caso de la mujer de Samaria, ella afirma: «sé que el Mesías ha de venir, el cual se dice el Cristo». Es, pues, Cristo una traducción de la palabra hebrea Mesías, que hallamos, por ejemplo, en Daniel 9: «...edificar a Jerusalén hasta el Mesías Príncipe... se quitará la vida al Mesías, y no por sí».

Como sabemos, el Antiguo Testamento hebreo fué traducido al griego para uso de las sinagogas del Mediterráneo y de los judíos que habían olvidado su lengua materna, hablando el «koiné», o lengua vulgar griega. De esta traducción, llamada Septuaginta, se tomó el nombre griego de «Cristo» para escribirlo en el Nuevo Testamento en griego, y casi siempre en el Nuevo Testamento la voz va precedida del artículo «el» para significar el esperado del Antiguo Testamento. Sin embargo, y de modo casi constante, se ha unido la voz Cristo al nombre personal de nuestro Salvador, Jesús, formando Jesucristo.

Leemos, por tanto, que Simeón «había recibido respuesta del Espíritu Santo que no vería la muerte antes que viese al Cristo del Señor» y que, frente a Juan el Bautista, estaba el pueblo esperando y pensando todos de Juan en sus corazones si él fuese el Cristo». Era natural que así fuese por cuanto el pueblo oía cada sábado en la sinagoga algo de la venida del Mesías sobre el que reposaría «el espíritu de Jehová» (Isaías 11), a quien el mismo Dios llamaba «mi escogido, en quien mi alma toma contentamiento» (42.1) y todos los profetas escribían en sus libros, leídos ante la congregación, de la venida del «Ungido de Dios». Mas no todos habrían de reconocer como Marta: «he creído que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, que has venido al mundo».

Es importante notar que Juan el Bautista, que había recibido de Dios indicación de cómo reconocería a su ungido, dijo: he dado testimonio que éste es el Hijo de Dios», cuando vió al Espíritu descender sobre Él, y en aquel momento surge del agua el Sacerdote, el Profeta, y el Rey, en la persona señalada como «el cordero de Dios que quita el pecado del mundo».

La voz Mesías describe a Jesús como último y más grande de los profetas, como definitivo sacerdote y como definitivo Rey. En el Salmo segundo distinguimos, en efecto, dos Personas de la divinidad: Jehová y su Mesías. De él dice San Juan: «el que Dios envió, las palabras de Dios habla: porque no da Dios el Espíritu por medida» (3:34) y también que «en él habita toda la plenitud de la divinidad corporalmente» (Colos. 2.9).

En el Levítico (4.16 y 6.22) vemos a un impotente sacerdote: «el sacerdote ungido meterá de la sangre

del becerro en el tabernáculo del testimonio»... «el sacerdote... ungido hará la ofrenda», pero ante el Bautista se encuentra el sacerdote que derrama su propia sangre y desgarra el velo del templo de alto abajo.

La Biblia repite que Moisés dijo a los padres: «El Señor vuestro Dios os levantará profeta de vuestros hermanos» y San Pedro y otros nos dicen que ese profeta era el mismo Cristo. También dice la Sagrada Escritura que este «ungido» sería el Rey, «sobre el trono de David y sobre su reino» (Is. 7), pero en cuanto a su sacerdocio, el Ungido, según palabras de Zacarías, «edificará el templo de Jehová, y él llevará gloria, y se sentará y dominará en su trono y será sacerdote en su solio» (6.13).

Jesús, en su oficio de sacerdote ungido, iba a hacer lo que ningún mortal jamás ha hecho: acercarse a Dios. En Jeremías 30.21 leemos: «Y su príncipe será uno de ellos mismos, y su Gobernador procederá de en medio de ellos: y yo le haré acercar y él se llegará a mí porque, ¿quién es aquel que ha tenido osadía para llegarse a mí?, dice el Señor». El pasaje declara que el futuro gobernador de Israel será uno de ellos mismos, pero que no sería simple mortal por cuanto un mero hombre no podría acercarse a Dios. Luego de afirmarse que este Ungido sí lo haría, se pregunta: «¿quién es aquel que ha tenido osadía (seguridad de corazón) para llegarse a mí?». Ningún hombre en su presente condición de pecador puede acercarse a Dios; se precisaba un santo en la plena acepción de la palabra, un Dios-hombre.

La persona de nuestro Señor, Jesús el Cristo, ha dividido siempre a la opinión pública, desde hace casi dos mil años y hoy, como antes, Cristo pregunta: «¿quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre?» porque hoy, como entonces, las multitudes dan opiniones huecas y hacen especulaciones vagas. Sin embargo, la Biblia afirma: que está escrita «para que creáis que Jesús es el CRISTO, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre».

Atravesando el Mar de Galilea hasta Dalmanutha, cerca de Capernaum, Jesús encuentra a un grupo de fariseos que le piden señales, que Él no concede, y continúa hasta Betsaida, donde alimenta a los cinco mil, acompañado de los suyos. Luego continúa a Cesárea de Filipo, al pie del monte Hermón, registrándose un período de crisis, tanto para el Maestro como para los discípulos. Desde allí, Jesús marcharía al Calvario y en la Transfiguración los discípulos quedarían dormidos. Ha llegado la hora de hacer una pregunta trascendental, no ya inquiriendo acerca de lo que los hombres piensan de Jesús, sino lo que los mismos seguidores piensan del Maestro. Y así Jesús, con no sé qué resabio de cruz en sus labios, pregunta con el corazón ansioso: «Y vosotros, ¿quién decís que soy?»

Las opiniones de otros, por mucho que nos puedan interesar en nuestro caminar por la vida, no afectan, en verdad, a nuestro propio corazón, a nuestra propia vida, a nuestro propio destino. Lo que pensemos de Jesús determinará nuestro obrar cotidiano, y nuestra confesión honrada, sin coacción alguna, habrá de marcar la directriz de nuestra vida. Pedro contestó con el impulso fuerte y dulce de una ola, «Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente». ¡Qué confesión tan maravillosa, que llega a estremecernos! Tú, y sólo tú, Señor nuestro y Salvador

nuestro, eres el Ungido de Dios para hacer tu obra en mi corazón y en mi vida. ¡Tú, y sólo tú, Jesús!

¿Nos encontramos en algún tiempo de crisis? ¿Titubeamos por las circunstancias, que parecen obligarnos a negar a nuestro Salvador? Clamad al Espíritu Santo y, por revelación, como Pedro lo dijera, no de carne ni de sangre, grita fuerte: «Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente».

El más notable ungido que encontramos en las páginas del Antiguo Testamento, bajo la economía mosaica, fue Aaron, el hermano de Moisés, cuyo nombramiento y consagración los encontramos en Exodo 28 y Levítico 8. Las funciones principales del Pontífice eran: a) comparecer ante Dios, en favor del pueblo; b) ofrecer sacrificios por la remisión de sus pecados; c) interceder por el pueblo, y d) bendecid al pueblo (Lev. 16, Núm. 27 y Núm. 6). En el Nuevo Testamento, la epístola dedicada a los hebreos nos presenta a este Aaron como una sombra o figura del Cristo, el Gran Pontífice.

Tenía Aaron la obligación de hacer arder continuamente las lámparas para lo cual necesitaba que los hijos de Israel le llevasen aceite puro de olivas (Ex. 27.20) y así nunca se apagaban. Y aquí encontramos una nota interesante, pues Cristo no pide aceite a Israel para encender sus lámparas, a saber nosotros mismos, los cristianos, sino que acude al Espíritu Santo para que seamos llenos cada día y demos luz en el mundo. Es San Pablo, en Gálatas, quien nos lo recuerda: «Oh, gálatas insensatos... Jesucristo... Aquel, pues, que os daba el espíritu...» y este mismo Sacerdote, Jesús, era el que mantenía ardiendo la lámpara de Pablo, como el mismo confiesa en Filipenses: «Sé que esto se me tornará a

salud por vuestra oración y por la SUMINISTRACION del Espíritu de Jesucristo». ¡Qué hermoso ministerio el de Cristo, llenando nuestras lámparas cada día! Con su lámpara encendida, aunque preso en la cárcel de Roma, Pablo estaba gozoso y contento, sintiéndose siervo del Dios Altísimo. ¿Cómo no vais vosotros, hermanos españoles, a gozar en la tribulación si tenéis vuestras lámparas llenas cada mañana por este glorioso Ungido?

Sólo Dios podía señalar al Sumo Sacerdote, como se ve en Exodo 28 y en otros lugares: «Y tú allega a ti a Aarón tu hermano, y a sus hijos consigo, de entre los hijos de Israel, para que sean mis sacerdotes», pero en el caso de su Hijo, Dios hace con solemnidad un juramento: «TU ERES SACERDOTE ETERNAMENTE, según el orden de Melchisedec» (Heb. 5.6). Como quiera que Cristo no nació dentro de la tribu sacerdotal de Leví, no podía ser sacerdote según el orden de Aarón, pero siendo nacido en la tribu real de Judá tenía derecho a ser de la orden de Melchisedec, y, naturalmente, el sacerdocio de este último era de mayor importancia que el primero, precisamente por ser Real ya que Melchisedec es el único rey-sacerdote que se encuentra en la Biblia. Ni Aarón ni sus descendientes eran de linaje real y por ello no podían ocupar el TRONO de Israel, pero Melchisedec no sólo era sacerdote del Dios Altísimo, sino también rey de Salem (Jerusalem) y rey de Justicia y paz. Cristo es el único que colmará a toda la tierra de bendición, como sacerdote en su solio, según la profecía de Zacarías, mencionada antes.

La ley prescribía la consagración pública a una edad determinada, según leemos en Núm. 4.3: «De

edad de treinta años arriba hasta cincuenta años, todos los que entran en compañía para hacer servicio en el tabernáculo del testimonio» y también la manera de hacer la consagración: «...rocía sobre ellos el agua de la expiación y haz pasar la navaja sobre toda su carne, y lavarán sus vestidos y serán expiados» (8.7). Por su consagración, Cristo cumplió toda justicia y así en el bautismo la voz de Dios atestiguó su oficio sacerdotal, en tanto que Juan pudo decir: «He aquí el cordero de Dios que quita el pecado del mundo». Era el bautismo de Juan un bautismo nacional, de arrepentimiento, para el pueblo, en tanto que el de Jesús era un bautismo de consagración. Por ello, Juan, cuando vino Jesús para que le bautizara, se sorprendió y dijo: «Yo he menester ser bautizado por ti, y ¿tú vienes a mí?»

Por otro lado, el sacerdocio de Aarón requería una continuación de «muchos sacerdotes», pero el de Cristo habría de recaer en su propia persona, para siempre, eterno, de donde surge un contraste consolador. El trabajo del Sumo Sacerdote en el pasado consistía en los sacrificios hechos el día de la Expiación (Lev. cap. 16) y tenía que derramar la sangre en el Santuario, operación que se repetía cada año pues no podía quitar los pecados ni hacer perfectos a los que se acercaban a Dios. Por el contrario, la ofrenda del cuerpo de Jesucristo, HECHA UNA SOLA VEZ, bastó para quitar todos nuestros pecados, santificarnos y presentarnos perfectos delante de Dios, como aprendemos en el capítulo diez de Hebreos.

¡Cuán perfecto y poderoso es este Pontífice nuestro! Los pontífices de la antigüedad podían penetrar dentro del velo del tabernáculo o del templo solamente una vez al año, pero Cristo está dentro del velo celestial, «donde entró por nosotros como nuestro precursor».

Recordemos, cristianos, que así como el nombre de CRISTO significa «ungido», de la misma manera los que «están en Cristo» son ungidos, como dice San Pablo a los de Corinto: «El que nos confirma con vosotros en Cristo, y el que nos ungió, es Dios» (2.ª cap. 1) y como recuerda San Juan en su primera carta: «Vosotros tenéis la unción del Santo y conocéis todas las cosas». También, y como tales, tenemos un «real sacerdocio» (1.ª Ped. 2) y «somos miembros de su cuerpo» (Ef. 5.30), así que vivamos con plena conciencia de nuestra vocación, fieles y ungidos por el Espíritu Santo, sin miedo alguno, «pero si alguno padece como cristiano, no se avergüence; antes glorifique a Dios en esta parte», dice San Pedro (1.ª 4.16).

Capítulo IV

El Nombre de Jesús

El mundo gentil había conocido muchos nombres, de emperadores, guerreros, escritores, filósofos, etc., los cuales no habían logrado sacar a los hombres de las tinieblas en que se encontraban, mas cuando nació Jesús, Simeón, teniéndole en sus brazos, afirmó que era un niño «luz para ser revelada a los gentiles...», Y desde aquel día el nombre de Jesús habría de ser un nombre que ascendería en espiral continua hasta los cielos para, traspasando el nombre de los ángeles, ser el nombre «sobre todo nombre».

En la Biblia el nombre hace más que representar a la persona designada, es como su realidad a distancia. El que conoce el verdadero nombre de un ser posee cierto poder de él y quien actúa en el nombre del Rey o del Soberano participa de su soberanía... así fue cómo Pedro actuó, curó, habló, se presentó ante el tribunal, en el nombre de Jesús. Porque sabía que cualquier cosa sería eficaz si venía apoyada por el poder de aquel nombre. Los apóstoles, en verdad, recibieron poder de santidad «en el nombre de Jesús», y para que el testimonio y el poder del cristiano sean una realidad tienen que apoyarse en el nombre de Jesús.

Para el pecador, salvado por gracia, no hay mú-

sica más dulce que el nombre de Jesús, aquel nombre que posee encantos, glorias, perfecciones, que no pueden encontrarse en ninguno de los otros nombres de la tierra combinados. Por eso el apóstol Pablo escribió en su carta a los de Filipo que Jesús era el «nombre que es sobre todo nombre» y añade más aún, cuando escribe a los de Efeso, que es un nombre «sobre todo principado y potestad, y potencia, y señorío, y todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo más aún en el venidero».

Y como no hay «otro nombre en que podamos ser salvos» los Apóstoles fueron salvados por Jesús y cuando se dispusieron a servirle «partieron por amor de su nombre, no tomando nada de los gentiles», como dice Juan en su tercera carta. Los cristianos oran en el nombre de Jesús.

Se llama a los hombres desde todos los rincones del mundo para que sigan a alguien, pero no hay nombre alguno que pueda ofrecer seguridad y salvación como el nombre de Jesús. De ahí que el verdadero Cristianismo es aquel que enseña que «fuera de Jesús no hay salvación». Puede el hombre estar hablando de religión, e incluso de Dios, desde la mañana a la noche, sin haber llegado al punto clave para la salvación de su alma: Jesús, porque la Biblia enseña de modo claro y terminante que debemos creer en Jesús «para que creyendo, tengáis vida en su nombre».

Se nos dice que en los Estados Unidos de América, y supongo que en otros países también, existen en los Departamentos de ensayo de metales unas balanzas tan exactas que, después de haber comprobado el peso igual de dos hojas de papel, se registra la diferencia cuando en uno de ellos se escribe una

palabra. ¿No será más exacto Dios con aquellas balanzas de que nos habla la Biblia? Cuando Dios pese nuestras almas, no hay duda alguna de que el nombre de Jesús escrito sobre nuestras vidas inclinará la balanza. ¿Cómo vivimos?

No puede haber iglesia, o congregación, o asamblea, allí donde el nombre de Jesús no esté en el centro porque escrito está: «donde dos o tres están congregados EN MI NOMBRE allí estoy yo en medio de ellos» y, ciertamente, ningún predicador servirá eficazmente a su Señor si no exalta como debe el glorioso nombre de Jesús. Se dice que San Bernardino de Sena, cuando predicaba en Italia, llevaba siempre en la mano una tablilla con la palabra «Jesús» labrada a cincel. Y, a veces, predicaba en la plaza pública de Florencia. Pues, luego de su muerte, muchos de sus oyentes conmemoraron aquella predicación erigiendo en el lugar una lápida con sólo el nombre de JESUS. Si algo podían recordar de lo que había dicho, era aquello: Jesús.

En el nombre de Jesús se combina lo divino y lo humano. Es un niño el que nace, «simiente de la mujer», pero engendrado del Padre y por ello es Hijo de Dios e Hijo del hombre. El es el Jehová, nuestra salvación, Cristo, el ungido del Padre, para ser el Mesías, Sanador, Libertador, Profeta, Sacerdote, Rey. ¡Qué bellamente le representan estas palabras; Jesús es su nombre, Cristo su título, Enmanuel su carácter de Dios, con nosotros en carne.

Jesús es el nombre personal del Señor como hombre sobre la tierra, el nombre que la virgen María le dio a su hijo, instruida por el ángel Gabriel, pero si seguimos el desarrollo de este nombre capital a través de las Ecrituras, encontramos que el nombre

original del hijo de Nun (ministro y sucesor de Moisés) era Oseas (Núm. 13.9 y Deut. 32.44), que significaba «liberación», o «salvación». Sin embargo, Moisés alteró este nombre de Oseas, añadiéndole una sílaba del nombre sacratísimo «Jehová» y lo convirtió en Josué, como leemos en Números 13.17: «y a Oseas, hijo de Nun, le puso Moisés el nombre de Josué», nombre que significa «Jehová (es) Salvador» con lo que el nombre de su ministro fue alzado al nivel más alto posible.

Encontramos a otro Josué, sacerdote, en los libros de Haggeo y Zacarías pero en el Nuevo Testamento, en dos ocasiones, al mencionar a Josué, hijo de Nun, se le llama Jesús (original griego, versión inglesa, etc.) mostrando así que el nombre de Jesús en el Nuevo Testamento tiene todo el rico significado del nombre de Josué en el Antiguo Testamento y que el anciano Simeón anduvo en lo cierto cuando exclamó: «han visto mis ojos tu salvación», es decir, «la salvación de Jehová», en una Persona, no en una cosa. Por eso mientras a María el ángel le daba el nombre de Jesús, a los pastores les dice: «os ha nacido un Salvador».

Lo que realmente dice David al iniciar su Salmo 62 es «...El solamente es mi roca y mi JESUS» (Jeshuá) porque esa es la palabra traducida «salud» (o sea «salvación») y más tarde en el Nuevo Testamente, San Pablo, haciendo referencia a la nube que siguió a los hijos de Israel en el desierto y a la peña de la cual salió agua, dice: «...nuestros padres... todos bebieron la misma bebida espiritual porque bebían de la piedra espiritual que los seguía, y la piedra era Cristo» (1.ª Cor. 10).

La declaración del ángel hecha a José es: «llamarás su nombre JESUS porque El salvará a su pueblo de sus pecados», y en ella se encierran tres grandes verdades que necesitamos constantemente recordar. La primera es «salvará», que constituye una clara y directa promesa de la misión o trabajo de salvación que tendría que llevarse a cabo, y de modo total, por aquel que iba a entrar en el mundo en forma de recién nacido. Es decir que aquel niño al que pondrían por nombre Jesús se presentaría como el enviado de Dios para salvar a los hombres. Ningún hombre que fue, caudillo de pensamientos o de filosofías o de éticas o de religiones, tuvo jamás el encargo de Dios, ni la potestad, para salvar. Por tanto, ningún hombre fue anunciado como Jesús, ni nació de manera sobrenatural y única como la suya.

La segunda verdad es «a su pueblo» y por ella vemos claro que el poder salvador de Dios, a que aquí se hace referencia, no va encaminado a todas las personas en conjunto, sino a aquéllas que forman una clase especial para que puedan ser llamadas «su pueblo». Y, claro, la duda que esto pueda originar queda disipada por la autoridad de la Sagrada Escritura, y por la experiencia de la Iglesia verdadera; en otras palabras, no se trata ni de una nación ni de una raza, sino de la nueva ciudadanía o nacionalidad de «pueblo de Dios» que adquieran todas aquellas personas que, de cualquier país o raza, vienen a Jesús para solicitar esta ciudadanía. La ciudadanía se consigue mediante la transformación de la vida, producto de la fe en Jesús y de su arrepentimiento, entrando entonces dentro del pacto preparado por Dios. Así se hace énfasis en que cualquiera puede conseguirlo, como encontramos en la típica sentencia de San Juan: «...todo aquél que en él cree no se pierda, más

tenga vida eterna». El mismo Jesús dejó bien aclarada esta cuestión, indicando que sólo pertenecen a la familia de Dios quienes, sin reservas, se entregan a El, los que son nacidos del Espíritu.

La tercera verdad es «de sus pecados». Constituye una promesa directa la frase «salvará», una clase especial «a su pueblo», pero una necesidad particular «de sus pecados», ya que la salvación no es otra cosa que la seguridad absoluta de liberación de aquello que tiene aprisionada al alma, y «aquello» son los pecados del hombre. Significa, pues, todo esto que los efectos y la penalidad que entrañan mis pecados se eliminan. Si no fuese esta noticia buena no habría Evangelio alguno, por cuanto el Evangelio no significa otra cosa sino que tenemos la buena noticia de que Dios nos perdona por y en Jesús. ¿Tendrá poca importancia el nombre de Jesús en nuestras vidas de redimidos? ¿Podremos caminar en este día sin el nombre glorioso de Jesús escrito sobre nuestro corazón? Dentro de nuestro hogar, al atravesar la calle, durante el trabajo diario, al regresar con la familia, siempre, hoy, mañana y todos los días, Jesús es nuestro dulce nombre porque nos ha salvado de la condenación y somos libres por su cruz.

Si los hombres bíblicos representan con frecuencia el carácter de la persona, además de distinguirla, aquí más que en ningún otro ejemplo del Libro de Dios, encontramos que el nombre de Jesús, más que revelar sólo al personaje histórico de todos conocido, enseña lo que la persona hizo a favor de los hombres. Y según lo que el hombre piense de Jesús así habrá entendido a Dios, porque los mahometanos y los judíos, y los russelistas, y los unitarios y los ortodoxos y los católicos, todos conocen a Jesús, pero preguntemos a cada uno de ellos si Jesús les basta o no, si Jesús les satisface o no, si Jesús los salva de sus pecados o no, si Jesús les da la vida eterna o no.

La Biblia nos enseña que Jesús «...es el Salvador del mundo, el Cristo...» y que «el Padre ha enviado al Hijo para ser salvador del mundo...» «... y en ningún otro hay salvación» (Juan 4.42; 1.ª Juan 4.14 y Hech. 4.12). Ya lo cantó Juan de la Encina en el siglo XV con aquellas palabras:

«Nació nuestro Salvador
Por nos librar de cautivos
De muertos nos tornó vivos
Y cura nuestro dolor.
El fué el solo Mediador
Entre nosotros y Dios,
Hizo justo al pecador,
Buscándonos con mucho amor

Y no buscándole nos
Buscónos sin le buscar.
Por hacer que le busquemos,
Pues tal buscador tenemos,
No lo debemos errar.
No debemos olvidar
A quien nunca nos olvida,
Debémosle contemplar,
Y contemplando, adorar,
Que El es la vida y da la vida.»

La fuerza de ese nombre «salvador», es tal, que la Biblia realza su significado en la persona de Cristo, es decir que, aunque Jesús denota a la Per-

sona como tal, el NOMBRE, en realidad, es el trabajo realizado por la persona. Leemos en Juan 1.12: «Mas a todos los que le recibieron dióles potestad de ser hechos hijos de Dios, a los que creen en su NOMBRE», y, además, «el que no cree ya es condenado porque no creyó en el NOMBRE del unigénito hijo de Dios» (3.18). Así termina en su tercera epístola (3.23) con el mismo pensamiento: «Este es el mandamiento: que creamos en el NOMBRE de su hijo...»

Por esta razón afirmó Pablo en su carta a los de Filipo: «Por lo cual Dios también le ensalzó a lo sumo y dióle un NOMBRE que es sobre todo nombre para que en el NOMBRE de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y de los que en la tierra y de los que debajo de la tierra, y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, a la gloria de Dios Padre». En el original griego el énfasis se pone sobre el NOMBRE, no sobre la palabra Jesús porque el nombre, como antes dijimos, nos recuerda lo que aquella persona tan amada, que en el mundo se llamó Jesús, hizo por nosotros; SALVARNOS. Y por ese nombre Dios le ensalzó a lo sumo porque fue «Jehová-Salvador».

Y este nombre de aquel que murió por nosotros en la cruz, de aquel que resucitó para preparar lugar para nosotros, de aquel que vendrá otra vez a recogernos, de aquel que obtendrá la victoria final en la batalla actual en la que nosotros estamos empeñados también, este nombre, repito, debe significar para todos nosotros, cristianos evangélicos, al menos, tres cosas:

a) Señal de posesión. Jesús, consumando su obra de Salvación «se dio a sí mismo por nosotros

para redimirnos de toda iniquidad y limpiar para sí *un pueblo* propio» (Tito 2) por cuya razón SOMOS SUYOS, y la Biblia nos pregunta: «¿Ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros... porque COMPRADOS sois por precio (la muerte de Jesús)» (1.ª Cor. 6).

b) Seguridad en nuestras oraciones. Como hemos visto, el nombre de JESUS tiene una significación única, sobrenatural; Jesús tiene una autoridad doble, la que tiene cerca de Dios y la que tiene delante de los hombres. Ahora él nos dio una promesa, que para nosotros es de autoridad: «Todo lo que pidiereis en mi nombre esto haré» (Juan 14) y nosotros no podemos dudar. El sabe lo que acontece a nuestro alrededor, lo que acontece en nuestro interior. Pidámosle a El que nos ayude a consagrarnos más a su servicio, que le sigamos fielmente, que seamos verdaderamente sus discípulos, sin preocuparnos de la bolsa, y en la palabra del Maestro, aún «en medio de lobos», nada nos faltará. No pidamos que se nos quiten los aguijones, pidamos más bien que su potencia se perfeccione en nuestra flaqueza y durmamos tranquilamente...

c) Unidad con nuestros hermanos. La iglesia de Corinto sufrió durante tiempo de ciertos males y uno de ellos era el de la rivalidad y los partidos. Los cristianos «seguían a hombres» y hacían ídolos de esos hombres, cayendo en error y en pecado porque el hombre, pobre hombre es. Y Pablo, que rechazaba la idolatría, lejos de buscarla como muchos, exclamó: «Os ruego, pues, hermanos, por el NOMBRE de nuestro Señor Jesucristo... que no haya entre vosotros disensiones, antes seais perfectamente unidos en una misma mente, en un mismo parecer».

Poniendo la oración a la inversa, Pablo, judío y fariseo, que por su orgullo había despreciado al gentil (y aprendió a amarle cuando «pasó por la cruz» y murió y resucitó con Cristo) pregunta: «¿en el nombre de quién hacéis partidos en la iglesia y despreciais a los otros hermanos?», o «¿en el nombre de quién podéis vosotros juzgar y condenar a un hombre para ensalzar y seguir a otro, si Jesús es el que os va a juzgar a todos vosotros?» Bien decía San Agustín: «En las cosas esenciales, unidad, en las dudosas, libertad, y en todas las cosas, caridad».

Hay una función que debemos desempeñar diariamente, sabiendo que somos de Jesús, que El contesta nuestras oraciones y que trabajamos juntamente con nuestros hermanos, y esta es «traer hombres a Jesús». Como en el Evangelio, llevemos hoy algún enfermo, algún dolorido, algún impotente, ciego, triste, pecador, alguna persona que duda, que busca... a Jesús... al Sanador, Consolador, Luz, Verdad, Vida, Salvación.

CAPÍTULO V

Los «Hijos de...»

Tal vez no haya títulos del Señor más significativos de su función que aquellos que le designan como «hijo», pues no sólo se presenta el Salvador del mundo como Hijo de Dios, e Hijo del hombre, sino también como Hijo de Abraham, Hijo de David, etc...

Es al comenzar la lectura de la carta dirigida a los hebreos cuando leemos que: «Dios, habiendo hablado muchas veces y en muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo, al cual constituyó heredero de todo por el cual asimismo hizo el universo, el cual, siendo el resplandor de su gloria y la misma imagen de su sustancia, y sustentando todas las cosas con la palabra de su potencia, habiendo hecho la purgación de nuestros pecados por sí mismo, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas». Y seguidamente entendemos que el significado de la palabra «hijo», aplicada a Jesús tiene un sentido mucho más profundo, más rico y más pleno que el que tiene cuando se aplica a cualquier persona, porque allí vemos que el Hijo no era nada menos que el resplandor, la gloria y la misma imagen de Dios.

En la antigüedad era costumbre añadir al propio el nombre del padre o del abuelo, unidos por el sustantivo *ben=el hijo de* y tenemos incluso en España restos de ello en los Benavides, Benavente, Benicarló, Benicasim, etc., pero cuando acudimos a dicho título, a la luz del idioma hebreo, empleado en las Escrituras, entendemos la fuerza de personificación de ciertas características.

Cuando el Maestro da a los hijos de Zebedeo el apelativo de «hijos del trueno», entendemos lo que quiere decir del carácter de Jacobo y Juan (Marc. 3) y cuando envía a sus discípulos y menciona a los «hijos de paz» (Luc. 1) sabemos que se refiere a personas que no tienen la característica de ser agresivas. De esta manera cuando Lucas escribe su segundo libro y menciona a Bernabé, aclara que su nombre significa «hijo de consolación» (Hech. 4). Se sigue la misma línea de pensamiento que en el Viejo Testamento donde para decir que un hombre era malo se le llamaba «hijo de Belial» (1.ª Sam. 25.17) y para significar que era perverso se le llamaba «hijo de la iniquidad» (Salmo 89.22).

De consiguiente, nuestro Señor representa tan perfecta expresión de la Divinidad que se le llama con verdad «Hijo de Dios». Por ello, aunque las gentes le veían en forma de hombre, Dios hecho carne, él tenía que enseñar a Felipe: «el que me ha visto ha visto al Padre». Y como Dios es un Dios que actúa, que opera, que se revela cada día a los hombres, el Jehová que se revela, como vimos ya, el Espíritu mueve los labios del pescador Pedro para decir «por revelación»: «Tú eres... el hijo del Dios viviente», circunstancia ésta que impedía a los hombres conocerle plenamente, que impide hoy a los hombres conocerle plenamente porque, ya por ser Dios, NADIE CONOCIO AL HIJO SINO EL PADRE (Mat. 11).

El ángel Gabriel, cuando apareció a la virgen, no sólo manda a María que le llame Jesús, con el significado que ya conocemos, sino que, además, añade que también «será llamado hijo del Altísimo». Y Dios, el Altísimo, llama a Jesús «mi hijo», añadiendo en la hora de su bautismo «en el cual tengo contentamiento». Indudablemente, aquello permitió a Juan el Bautista publicar la noticia de que había visto al Espíritu Santo descender sobre Jesús y había oído la voz, insistiendo «he dado testimonio de que éste es el Hijo de Dios».

Más tarde, Pedro, cuando escribe su segunda carta, ya viejo, recuerda lo que oyó el inovidable día de la transfiguración en el monte: «Este es el amado hijo mío en el cual yo me he agradado». Y siendo «el hijo amado» de Dios era suficiente razón para que luego, cuando Pablo escribiera a los de Efeso, les dijera que todos los que eran predestinados para ser adoptados serían «aceptos en el Amado», amado que, como nos dice San Juan en su Evangelio, ya lo era «antes de la fundación del mundo». Queda bien clara en el Nuevo Testamento la idea de que Jesús es la expresión y atracción del amor de Dios y que Jesús no fue hijo de Dios al venir al mundo, sino ya antes de ser enviado, como recuerda el mismo hijo en sus frases: «glorifícame tú cerca de ti mismo (oh Padre), con aquella gloria que tuve cerca de ti antes que el mundo fuese» (Juan 17)... «...por cuanto me has amado desde antes de la constitución del mundo».

Debemos mencionar aquí que hay ciertas teorías

acerca de Jesús que la Biblia no apoya. Una es que fue hijo de Dios por su encarnación, otra que lo fue por su resurrección y otra que lo fue por su simple título o posición oficial. Sin embargo, para nosotros lo que vale es lo que la Biblia enseña, esto es, que Jesús es Hijo de Dios en toda la eternidad, aunque no hayamos entendido todavía la profundidad teológica de los términos de la Trinidad y la relación exacta de las tres personas entre sí, como tampoco todo el alcance de su obra, de la de Cristo, teniendo especialmente a la vista la expresión de Juan 17.6: «he manifestado tu nombre a los hombres que del mundo me diste...» La palabra griega «cosmos» abarca a veces mucho más de lo que entendemos en español por la sencilla expresión de «mundo». Vale la pena de meditar en los versículos que siguen: «...la vida fue manifestada... aquella vida eterna, la cual estaba con el Padre y nos ha aparecido...» «...Dios envió su Hijo unigénito al mundo («cosmos») para que vivamos por él» (1.ª Juan 1.2 y 4.9).

Cuando San Juan expresa que nadie vio jamás a Dios, hace la excepción de que «el Unigénito Hijo, que está en el seno del Padre le declaró» (Juan 1.18) y esta palabra «unigénito» en español es la palabra tomada del griego de la Septuaginta, que representaron aquellos traductores del original hebreo por «mi única» en el Salmo 22.20 y en el 35.17, idea de aprecio y de cariño tan íntimo que sólo podemos vislumbrarla ante la escena de Abraham, en la que también aparece la palabra: «Toma ahora tu hijo, tu único, Isaac, a quien amas, y vete...» (Gen. 22).

En el capítulo ocho del Evangelio de Juan, encontramos a los judíos frente a Jesús, quienes en un tema sobre la paternidad, arrojan la acusación

de «nosotros no somos nacidos de fornicación» (implicando terriblemente que Jesús lo era) y entonces Jesús afirma que él ha venido de Dios y que ellos, por ser hijos del diablo, no le reconocen.

Sabemos que la parte de la mujer, María, es instrumental en la obra milagrosa de Dios, y por ello se le aplica a Jesús el Salmo 69: «He sido extrañado de mis hermanos y extraño a los hijos de mi madre». ¿Por qué no habla de los hijos de su padre? Simplemente porque Jesús no tenía padre terrenal. Y, de consiguiente, la Biblia nos presenta los testimonios incontrovertibles de la virginidad de su nacimiento en el mismo Padre, que dice: «adórenle todos los ángeles» (Heb. 1.6); en el enviado de Dios, Gabriel: «el Espíritu Santo vendrá sobre ti y la virtud del Altísimo te hará sombra; por lo cual también lo Santo que nacerá será llamado Hijo de Dios»; en el médico Lucas: «se cumplieron los días en que ella había de dar a luz y dio a luz a su primogénito, y le envolvió en pañales...»; en el apóstol Pablo: «...venido el cumplimiento del tiempo, Dios envió su Hijo, hecho de mujer...» (Gal. 4). Así era como se presentaría el Mesías esperado, el Redentor de la raza humana, la semilla de la «mujer»... tomada por Dios para poder presentarse «en carne».

Como Hijo de Dios, Cristo es Dios en todas sus infinitas perfecciones de su esencia divina, y, como podemos comprobar en los primeros versículos del Evangelio según San Juan, en el capítulo segundo de la carta a los Filipenses, y en otros lugares, es igual a Dios («...más procuraban los judíos matarle... haciéndose igual a Dios...»—Juan 5.18). ¿Cómo podría Jesús negar su identidad? Por eso afirma: «...dije Hijo de Dios soy...» (Juan 10.36) aun sabien-

do que aquello significaría su muerte. Por todo lo dicho, y de consiguiente, nadie sin pecado puede negar su nacimiento virginal, puede negar que Jesús vino al mundo en forma de hombre, pues dice San Juan en su primera carta (4.3): «...todo espíritu que no confiesa que Jesucristo es venido en carne, no es de Dios: y este es el espíritu del anticristo...»

El Sanhedrín le acusó de blasfemia por llamarse hijo de Dios y le condenó a muerte. Después de colgado en el madero, aquellos representantes de la religión oficial del Estado se burlaban de la Verdad, como nos cuenta la Biblia: «...los príncipes de los sacerdotes, escarneciendo con los escribas y los fariseos y los ancianos, decían... confió en Dios, líbrele ahora si le quiere porque ha dicho: Soy hijo de Dios» (Mat. 27). Aquella frase de «nosotros tenemos ley y según nuestra ley debe morir porque se hizo hijo de Dios» (Juan 19) significa que el sentido en que lo interpretaban los judíos era único, y en ese sentido único, de Dios verdadero, Jesús pagó en la cruz nuestra deuda de pecado para poder ser nosotros, por su trabajo de muerte, hijos de Dios en El.

El título de «Hijo de Dios», que expresa la relación «sui generis» de Jesús con su Padre, es único, pertenece al Unigénito, como Revelador, pero por su gracia, su misericordia, su perdón, nosotros somos hijos de Dios, aceptos en el Amado, por la fe.

* * *

Otro título, el de «Hijo del Hombre», se da con frecuencia a Jesús en la Biblia. El mismo se lo aplica unas ochenta veces en el Nuevo Testamento y eso muestra que tiene una importancia determinada.

Ensalzada ya la importancia del título «Hijo de Dios», no podemos caer en el error de pensar que el título «Hijo del Hombre» es simplemente otra manera de expresar el hecho de que nuestro Señor era, en efecto, el hijo de David, o el hijo de Abraham o el hijo de María, porque significa mucho más que todo eso. Es verdad que la expresión «Hijo del Hombre» y la expresión «hombre», encontradas con frecuencia en la Biblia, son equivalentes, tal como vemos, por ejemplo, en «Dios no es hombre para que mienta, ni hijo de hombre para que se arrepienta» (Núm. 23.19) o en ¿cuánto menos el hombre que es un gusano, y el hijo del hombre, también gusano?» (Job 25.6) o «¿Qué es el hombre para que tengas de él memoria y el hijo del hombre que lo visites?» (Salmo 8.4), pero lo que nos interesa es resaltar el hecho de que, en el caso de Jesús, el término hombre tiene un significado especial.

De ahí se infiere que no podemos considerar igual la frase empleada por Dios unas cien veces, en el Antiguo Testamento, dirigiéndose al profeta Ezequiel («Hijo del hombre, está sobre tus pies, y hablaré contigo. Y entró espíritu en mí luego que me habló...») que, además, en su construcción, es diferente de la otra, según los eruditos en hebreo, quienes nos muestran (se ve también en la «Newberry Bible») que el artículo definido se usa dos veces cuando se habla del Señor y ninguna de ellas cuando se dirige a Ezequiel. Nuestro Señor no era simplemente *un* hijo del hombre, sino que, de modo enfático y distintivo, era *el* Hijo del Hombre.

Aplicado al Cristo, el título de Hijo del Hombre implica que su misión, su muerte, su resurrección, y su segunda venida, traspasaban las limitacio-

nes judaicas, y, por ello, cuando Natanael le dice: «tú eres el Rey de Israel», Jesús contesta: «...vereis el cielo abierto y los ángeles de Dios que suben y descienden sobre el Hijo del hombre». Podía, pues, entenderse el título como sinónimo de Mesías, pero muchos de sus oyentes no se daban cuenta de ello. Cuando Jesús curó al paralítico, introducido por un agujero en el techo de la casa y pronunció aquellas significativas palabras: «para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene potestad en la tierra de perdonar pecados» (Mat. 9), las gentes viendo aquello «se maravillaron y glorificaron a Dios, que había dado tal potestad *a los hombres*», pero no *vieron* al Mesías enviado.

No cabe la menor duda de que Jesús, al llamarse a sí mismo Hijo del Hombre, se refería al hijo de hombre que había visto Daniel, o sea al Mesías, y por ello, cuando en presencia del Sanhedrín le preguntó el sacerdote: «Te conjuro por el Dios viviente que nos digas si tú eres el Cristo, Hijo de Dios», respondió él: «Tú lo has dicho y aún os digo que desde ahora habéis de ver *al Hijo del hombre* sentado a la diestra de la potencia de Dios y que viene en las nubes del cielo» (recordándoles a Daniel), por lo que exclamó entonces el pontífice: «Blasfemado ha» (Mat. 26).

En la historia tan conocida de Nicodemo, donde el Maestro insiste en la necesidad del nuevo nacimiento, Él dice: «si os he dicho cosas terrenas y no creéis, ¿cómo creeréis si os dijere las celestiales?» y añade: «y nadie subió al cielo, sino el que *descendió* del cielo, el Hijo *del hombre*, que *está* en el cielo», precisando a continuación que aquel mismo Hijo del hombre habría de morir levantado, como fue levantada la serpiente en el desierto por Moisés. Por eso es el Hijo del hombre el que ha venido a buscar y salvar lo que se ha bía perdido, es el Hijo del hombre el que ha de ser entregado y matado, es el Hijo del hombre el que «sigue su camino», el Hijo del hombre el que es entregado con un beso, es la carne y la sangre del Hijo del hombre la que va a alimentar espiritualmente a la humanidad hambrienta, es el Hijo del hombre el que ve Esteban, cuando era apedreado, en los cielos abiertos, en pie, a la diestra de Dios.

Debemos reconocer que este título implica la naturaleza perfecta que como hombre tenía Jesús de Nazaret, imagen y semejanza de Dios, expresión exacta del ideal divino, coronado de gloria y de honra, a cuyos pies están sujetas todas las cosas, como explica el autor de Hebreos, refiriéndose al Salmo octavo. Y, de modo lógico, encontramos la lección bíblica que se nos ofrece en el contraste que San Pablo presenta a los de Corinto, entre el primer hombre y el segundo hombre, el Adam que «era de la tierra» fracasado y caído, y el Señor que «es del cielo», muerto y resucitado para que todos seamos «vivificados». Al primer hombre se acercó el tentador y le venció; al segundo no pudo vencerle y por eso Jesús pudo afirmar: «viene el príncipe de este mundo, mas no tiene nada en mí». Este Hijo del hombre por su victoria, mantiene su dominio sobre *todas* las cosas.

Hijo del hombre e Hijo de Dios son títulos que se robustecen mutuamente y que van unidos en la misma persona, y así cuando Jesús pregunta a Simón Pedro: «¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre?», la contestación revelada por el

mismo Padre es: «el Cristo, el Hijo *de Dios*», equivalencia hallada también en el caso mencionado ante el sumo sacerdote. San Agustín expresó un bello pensamiento en la siguiente frase: «el Hijo de Dios se hizo Hijo del hombre para que vosotros, que erais hijos de los hombres, pudiéseis ser hechos hijos de Dios».

Daniel siete y Mateo veinticuatro nos advierten que: «...como el relámpago que sale del oriente y se muestra hasta el occidente así será también la venida del Hijo del hombre... se mostrará la señal del Hijo del hombre en el cielo... y verán al Hijo del hombre que vendrá sobre las nubes del cielo, con gran poder y gloria», pero el contexto nos explica que habrá días de aflicción y de prueba. ¿Estamos nosotros preparados para todo eso? ¿Podemos en buena conciencia desear que esa gloria venidera sea una realidad hoy mismo en nosotros? ¿Sabremos atravesar con victoria los días de prueba y de aflicción? ¡Que la mirada espiritual de nuestro Caudillo del cielo nos mueva a confesar nuestros pecados...!

* * *

«Hijo de David» es el título judío distintivo de Jesús, como profetizado en el Antiguo Testamento, y de acuerdo con este pensamiento, Mateo menciona que el esposo de María venía de la línea de David, al tiempo que Lucas traza su genealogía indicando que Jesús fue: «hijo de José, como se creía, que fue hijo de Elí... que fue de David, que fue de Jessé». Legalmente, Jesús era «hijo de David» y por ello se formaron dudas en las mentes y en los corazones del pueblo, como leemos en Juan 7: «algunos de la

multitud, oyendo esto decían: «verdaderamente éste es el profeta». Otros decían: «Este es el Cristo». Algunos empero decían: «¿De Galilea ha de venir el Cristo? ¿No dice la Escritura que de la simiente de David, y de la aldea de Bethlehem, de donde era David vendrá el Cristo?» Así que había disención entre la gente acerca de él».

Al correr su fama por las regiones, dos ciegos que se enteraron de ello, exclamaron: «Ten misericordia de nosotros, Hijo de David», creyendo en sus corazones que Jesús era el esperado (Mateo 9) y lo mismo ocurrió con la mujer cananea, que empleó la misma frase, creyendo igualmente en el mesianismo de Jesús (cap. 15) y aquella parte del pueblo fiel que había creído el aviso del ángel («...su nombre Jesús... y le dará el Señor Dios el trono de David su padre» sería, sin duda, la que, a la entrada de Jesús en Jerusalem, «tendía sus mantos en el camino y otros cortaban ramos de los árboles... aclamaban diciendo ¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! ...mas los príncipes de los sacerdotes y los escribas... se indignaron».

Y porque aquellos insinceros religiosos no entendían el valor y significado del plan divino, ni siquiera el espíritu de la Escritura Santa, el mismo Jesús tuvo que preguntar a los fariseos: «¿Qué os parece del Cristo? ¿De quién es hijo?», y ellos, recordando la letra de la promesa, exclamaban: «De David». Pero Jesús les dice: «¿Pues cómo David en espíritu le llama Señor?», citando aquel Salmo 110 escrito por el rey David, que comienza así: «Jehová dijo a mi Señor: Siéntate a mi diestra...», en donde el propio David reconoce superior a él la «vara de forta-

leza» desde Sión, el «sacerdote para siempre según el orden de Melchisedek», que se adornaría con el «rocío de su juventud».

A las palabras finales de Jesús: «Pues si David le llama Señor, ¿cómo es su Hijo?», leemos en la Biblia que «nadie le podía responder palabra». No tenían fe aquellas gentes para ver en Jesús al verdadero Mesías, al Ungido, Rey, Sacerdote, Salvador, Hijo de Dios e Hijo del hombre, coronado de gloria por encima de todos los personajes del pueblo de Israel y de todos los pueblos del mundo.

* * *

El título de «Hijo de Abraham» que Mateo le da a continuación («Libro de la generación de Jesucristo, Hijo de David, hijo de Abraham») nos lleva a recordar al notable patriarca del pueblo de Israel que vivió por fe y «que había recibido las promesas», según vemos en Hebreos, con referencia especial a la «semilla». Pero la repetición de la frase «a tu simiente», que encontramos en Génesis 12. 7; 13. 15, 16, etc., viene claramente explicada por Pablo cuando escribe a los gálatas, al decir que si bien fueron hechas las promesas a Abraham, no se habla de varias simientes en la Palabra de Dios que servía de base al pueblo de Israel, esto es el Antiguo Testamento, sino de una sola simiente, que no podía ser otra que Cristo mismo, o sea la persona única e indivisible de Jesús (Gálatas 3).

Así para «librar a los que por el temor de la muerte estaban por toda la vida sujetos a servidumbre», Dios no tomó a ningún ángel, como leemos en Hebreos 2, «sino a la simiente de Abraham», esto

es a Jesús. Ahora bien, lo capital en la promesa reside en el hecho de que «por medio de la semilla» Jesús, el Hijo de Abraham, los hombres serían benditos, salvos de la condenación eterna, por la fe, y allí vemos que Dios predica su evangelio de fe en el patriarca, pues se dice en Gálatas: «viendo antes la Escritura que Dios por la fe había de justificar a los Gentiles, evangelizó antes a Abraham, diciendo: en ti serán benditas todas las naciones».

Teniendo a su lado a Juan, en el pórtico de Salomón, a donde concurrió el pueblo, atónito por la curación del cojo, Pedro explica que en la fe del nombre de Jesús aquel hombre había sido sanado y que por la fe en Jesús todos podían ser benditos para entrar en la promesa dada a Abraham. La misma cosa explica Pablo en la sinagoga de Antioquía de Pisidia, anunciando «el evangelio de aquella promesa que fué hecha a los padres, la cual Dios ha cumplido a los hijos de ellos, a nosotros, resucitando a Jesús... y de todo lo que por la ley de Moisés no pudisteis ser justificados, en éste es justificado todo aquel que creyere».

Abraham se alza en la Biblia como el supremo ejemplo de la fe, y los verdaderos hijos espirituales de Araham han de ser aquellos que creen en las palabras de Dios. Y Dios ha provisto un Salvador, Jesús, Hijo de Abraham, en el que ineludiblemente hemos de creer para pertenecer al «Israel de Dios». En este sentido nosotros, los que hemos puesto toda nuestra confianza en este Hijo de Abraham, somos también hijos de él, porque se dice así de claro en la carta a los de Galacia: «Sabéis, por tanto, que los que son de la fe, los tales son hijos de Abraham... luego los de la fe son benditos con el creyente

Abraham». Y en este punto nosotros, saturados de la maravilla de significados en los nombres de Cristo, podríamos preguntar, como en el caso de David: «Si Jesús es el Hijo de Abraham, ¿cómo es que Abraham recibe la bendición de él, de la misma semilla?» ¡Qué hermosura de pensamiento y de profundidad se encierra en el bendito Hijo de Dios, que, a un tiempo, es Hijo del hombre, Hijo de David e Hijo de Abraham!

CAPÍTULO VI

Contrastes de Jesús

Cuando estudiamos los diferentes nombres que la Biblia da a Jesús, quedamos sorprendidos, no tan sólo por la riqueza de significados, sino también por la enorme enseñanza de sus contrastes, ya que a Jesús le conocemos a un tiempo como Pastor y como Oveja, como Alfa y como Omega, como Principio y Fin, Rey y Siervo, Hijo y Padre, León y Cordero, Dios fuerte y Mediador, Autor y Consumador de la fe, etc. De ahí que su nombre es Admirable, o, según otras traducciones, MARAVILLOSO.

Cuando Isaías declaró: «...llamárase su nombre Admirable», dió a nuestro Señor y Salvador, Jesucristo, uno de sus títulos más llenos de sentido, porque constituye algo más que un mero nombre; describe mucho de carácter de su persona. Él fue maravilloso en su nacimiento (único y milagroso), en su vida («Este es mi hijo amado, en cual tengo contentamiento»), en su muerte («tengo poder para ponerla y tengo poder para volverla a tomar»), en su resurrección («...el sudario que había estado sobre su cabeza... envuelto en un lugar aparte»). Así dice el himno:

«¡Qué maravilla, Jesús me salvó
A su nombre gloria!»

* * *

En Él, más que en ninguna otra persona, sabemos que cualquiera de los nombres o títulos que se le apliquen tiene una expresión perfecta, porque su significado es profundo y justo. Por ello, cuando en el Evangelio de Juan encontramos que es el mismo Jesús el que se da el título de Pastor («Yo soy el buen pastor»), hemos de reconocer que en Él se encuentra la perfecta manifestación de todo cuanto dicho título encierra. Es el buen pastor aquel que guarda, vigila y cuida del ganado, como aquellos a quienes se apareció el ángel para notificarles el nacimiento del Salvador, los cuales velaban y guardaban el rebaño durante la noche. Es el buen pastor aquel que va delante de las ovejas, abriendo camino seguro por el que ellas puedan avanzar, como Moisés las llevaba «detrás del desierto», a los lugares más convenientes. Es el buen pastor aquél que lleva a las ovejas a buenos pastos, para que no se contaminen y crezcan saludables, como los hijos de Rubén, que «llegaron hasta la entrada de Gador, hasta el oriente del valle, buscando pastos para sus ganados» (1.ª Cr. 4). Es el buen pastor el que busca a las extraviadas o descarriadas, como el de la parábola de Lucas que, «hallada, la pone sobre su hombro gozoso» y reúne a los vecinos para que le den el parabién.

En contraste con los falsos pastores, el verdadero ama a sus ovejas, las cuida, las guía, las consuela, las cura, las llama por su nombre, como hace Jesús: «Mis ovejas oyen mi voz y yo las conozco y me siguen». Este buen pastor procura que aumente el ganado, como hizo Abraham, que contaba sus ganados por millares, y por ello, el Buen Pastor, después de haber esparcido a Israel «lo juntará y

guardará, como pastor a su ganado» (Jer. 31), conducirá a su «pueblo como ovejas» (Salmo 77) y los llevará «por el desierto, como un rebaño (Salmo 78) y «en su brazo cogerá los corderos y en su seno los llevará; pastoreará suavemente las paridas» (Is. 40). Irá provisto de una vara y de un cayado para defenderlas contra el lobo y para guiarlas dulcemente, y aún delante del mismo enemigo «aderezará mesa».

Un tal pastor es el que verdaderamente está dispuesto a morir por salvar a la oveja, ya que «el buen pastor su vida da por las ovejas» y la da voluntariamente, porque nadie se la quita. Basta con abandonar las ovejas ante el enemigo para que el pastor libre su vida, pero este pastor supremo llega a morir por sus ovejas, para que éstas puedan cantar alegremente: «Jehová es mi pastor, nada me faltará. En lugares de delicados pastos me hará yacer...»

Y ahora el notable contraste. El primer pastor, Abel, tuvo que hacer morir de sus ovejas en provecho propio, mas éste se convierte en oveja para beneficiar a sus ovejas con su propia muerte, y así dice la Escritura «como cordero es llevado al matadero», según lo que Abraham dijera a su hijo Isaac: «Dios se proveerá del cordero para el holocausto, hijo mío», para que luego Juan pudiese proclamar al mundo: «Este es el cordero de Dios, que quita el pecado...»

Entre los varios animales que se presentaban, en el viejo Pacto, al sacrificio, el cordero se distinguía como el animal apropiado para el holocausto: «un cordero ofrecerás por la mañana y el otro cordero ofrecerás entre las dos tardes» (Lev. 28), y la institución de sacrificios era clara en esto: «tómese

cada uno un cordero... un cordero por familia (Ex. 12), así que el título de «cordero de Dios» le revela como el realizador de un sacrificio total, de una vez y para siempre, un sacrificio que basta de modo satisfactorio por ser la sustancia y realidad de todos aquellos innumerables corderos que sólo eran una sombra de este sacrificio del hombre-Jesús-Cordero de Dios.

El sacrificio de Jesús era el pivote central de la historia y el eje del mundo, por cuanto ese cordero estaba «ya ordenado de antes de la fundación del mundo» (1.ª Ped. 1) y, además, «fue muerto desde el principio del mundo» (Ap. 13), debiendo volver luego «en medio del trono... cordero como inmolado», único capaz de «...tomar el libro y de abrir sus sellos, porque tú fuiste inmolado y nos has redimido para Dios con tu sangre...» (Ap. 5). Y a la postre, en esa alquimia espiritual del Dios tres veces santo, ese cordero inmolado, que nos salvó de la condenación, al ofrecerse a morir en nuestro lugar, será de nuevo el Pastor: «Porque el cordero que está en medio del trono los *pastoreará* y los guiará a fuentes de aguas vivas y Dios limpiará toda lágrima de los ojos de ellos» (Ap. 7).

* * *

Cuando Pilato preguntó a Jesús si era el Rey de los judíos, el Señor empleó tres veces las palabras: «Mi reino», lo que hizo preguntar al gobernador romano: «¿Luego rey eres tú?», a lo que Jesús contestó: «Tú dices que yo soy rey. Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo» (Juan 18).

Los judíos le acusaron «que veda dar tributo al

César, diciendo que Él es el Cristo, *el rey*» (Luc. 23), y a Pilato le censuraban que pusiese el título en su cruz porque, según ellos, era sólo cosa de Jesús el decir: «Rey soy de los judíos» (Juan 19); sin embargo, la cosa era natural en la vida de Jesús, porque antes ya de su nacimiento el ángel Gabriel había dicho a su madre: «le dará el Señor Dios el trono de David su padre. Y *reinará* en la casa de Jacob por siempre y de su reino no habrá fin». ¿No era aquello el cumplimiento de la profecía de Isaías 9, o sea: «un niño nos es nacido... el principado sobre su hombro... Príncipe de Paz. Lo dilatado de su imperio y la paz no tendrán término sobre el trono de David y sobre su reino...»?

Sin embargo, cuando Pilato sacó a Jesús y dijo: «He aquí vuestro rey», los judíos lo rechazaron absolutamente, gritando: «Quita, quita, crucifícale», y posteriormente, cuando los soldados de la presidencia le llevaron al pretorio, toda la cuadrilla se reunió para burlarse de Jesús, poniéndole una ridícula corona, un grotesco manto y un cetro que no era sino una pobre caña, arrodillándose ante él con bufonería para decir: «Salve, rey de los judíos». A pesar de ello, en las tinieblas últimas, y como atrayendo a todos los ojos espantados por el terremoto, aquellas letras iluminadas sobre la cabeza del crucificado quedaron para siempre grabadas en la historia: «ESTE ES JESUS, EL REY DE LOS JUDIOS», y el pueblo de Israel, ese pueblo que ahora se levanta en Palestina, en la era del átomo, tendrá que aceptarle como su Rey.

Ya lo había predicho el Salmo segundo: «los pueblos piensan vanidad... rompamos sus coyundas y

echemos de nosotros sus cuerdas... El que mora en los cielos se reirá... yo empero he puesto mi rey sobre Sión, monte de mi santidad... quebrantarlo has con vara de hierro... besad al Hijo... bienaventurados todos los que en Él confían». Y así lo dice San Pablo en su primera carta a los de Corinto: «es menester que Él reine hasta poner a todos sus enemigos debajo de sus pies» (cap. 15).

Pero la Biblia contrasta el hecho de que aquél que «será rey sobre toda la tierra» (Zac. 14) entra en la carne con aquellas palabras de Isaías 42: «He aquí mi siervo... no se cansará ni desmayará...» cuyo contexto, como el del capítulo 52, muestran que el elegido de Dios, el Amado en quien Él tiene contentamiento, es un siervo perfecto, aquel que exclamó: «heme aquí para hacer tu voluntad», aquél que, en su encarnación, no quiso pasar como Dios y se humilló para pasar como «esclavo» (sentido original), pues había dicho: «el Hijo del hombre no vino para ser servido, sino para servir y para dar su vida...» (Mat. 20). Jamás podremos llegar a alcanzar todo el maravilloso sentido de tan admirable contraste. Nosotros, que estamos tan preocupados por nuestro nombre, por nuestra influencia en la iglesia, nosotros, pobre miseria humana, nacional y extranjera, jamás podremos llegar a la altura de aquél que descendió tanto, de aquél que dijo: «yo soy entre vosotros como el que sirve» (Luc. 22).

Se ha dicho que podría escribirse el título del evangelio de San Marcos con estas palabras: «He aquí mi siervo», pues en él se presenta la figura del Maestro como la de un siervo incansable, cuyas actividades hay que relatarlas con las palabras «inmediatamente» y «seguidamente», un siervo que se levanta, se quita su ropa, se ciñe con una toalla, echa agua en un lebrillo y con humildad ejemplar se pone a lavar los pies de sus propios discípulos, de aquellos que le seguían como a un Maestro, como a un Caudillo, como a un Jefe...

Es verdad que Pedro, el humano Pedro, fué el único que pudo romper a hablar en medio del estupor, pero creo que, de vergüenza, otros habrían roto a llorar, sobre todo los que en el camino habían estado disputando sobre «quién había de ser el mayor». Mas no tenía necesidad el Maestro de que ellos lo hubiesen revelado, cuando callaron ante su pregunta, porque Él leía en los corazones. Por eso les había dicho: «si alguno quiere ser el primero, será el postrero de todos, y el servidor de todos». ¡Danos, Señor, de tu Espíritu Santo para que te sirvamos con humildad, como el postrero de todos y el servidor de todos!

* * *

En el año en que murió el rey Uzzias, un joven que buscaba la voluntad de Dios para caminar en su vida, «vió al Señor sentado sobre un trono alto», pero, además, vió otra cosa, convencido de que un milagro de la misericordia y de la gracia de Dios era lo que podía salvar a su pueblo. Movido, pues, por el Espíritu Santo, Isaías confesó su pecado, fué limpio y entonces, consagrado, pudo profetizar: «He aquí que la virgen concebirá... un niño nos es nacido... *hijo*... llamaráse su nombre... *Padre*...» Esa era la única esperanza para la generación de Isaías, como es también la única esperanza para cualquier generación, la de aquel Hijoque venga a salvarnos

de la perdición, que venga a morar con nosotros y sea nuestro Padre eterno. ¡Qué contraste.... hijo... padre...! ¡En verdad, el nombre de ese niño es Admirable y Maravilloso!

Maravillosa es, como dijimos, además de su nacimiento, también su vida, sin error, sin pecado. Amigo siempre de los pecadores, para los cuales era como un Padre amoroso y perdonador. Aquel Hijo, que vino en obediencia al Padre, hablaba de la vida y de cómo vivirla, de la muerte y de cómo enfrentarse con ella, del pecado y de cómo destruirlo. Conocía íntimamente el cielo y actuaba en la tierra, como estando en el cielo, curaba a los enfermos y consolaba a los afligidos, advertía a los descarriados y limpiaba a los manchados por la lepra. Reveló la verdad, practicó la misericordia, atacó la hipocresía y con autoridad dijo ser el Camino, la Verdad y la Vida, sabiendo que tenía que pasar por la muerte para destronarla.

Y la unión entre «hijo» y «padre» la vemos en su afirmación: «Yo y el Padre una cosa somos», a la luz de sus propias obras, que presentaba como demostración de su personalidad, pues «si no hago obras de mi Padre, no me creáis».

¿No podríamos nosotros, mientras «hijos de Dios», tener algo de «amor de Padre» para los que nos rodean? ¡Cuántas veces nos quedamos en la afirmación de que «somos hijos de Dios» y no demostramos tener ni amor, ni misericordia, ni entrañas de «padre» en nuestro servicio que decimos cristiano! El Maestro pidió a Dios que fuésemos «hijos» y «padres», en tanto haríamos sus obras y dispensaríamos la misericordia. «Para que todos sean una

cosa, como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti... yo en ellos y tú en mí».

Cuando Pablo exhorta a los corintios a apartarse de la inmundicia y a seguir una vida de santidad, pregunta qué relación puede tener Cristo con el diablo en nuestras vidas, recordándonos que somos el templo del Dios viviente y las palabras del Eterno: «seré a vosotros Padre y vosotros me seréis a mí hijos e hijas». Es verdad que Israel conocía a Dios por sus títulos primarios, pero no le conocía como a Padre del israelita individual. En esta dispensación el cristiano, realmente engendrado de Dios, tiene derecho a llamarle Padre.

* * *

Ninguna de las notables personas que han existido en el mundo, ni aquellas que existen hoy, podría reclamar para sí tan diferentes títulos como los que se aplican a Jesucristo, cada uno de los cuales, como vamos viendo, revela otra de las glorias de su incomparable persona, glorias que se abultan más al contrastarse, como encontramos, en características aparentemente opuestas. ¿Qué habrá más poderoso que un león? Leemos en Proverbios 28 y 30: «el impío huye sin que nadie le persiga, mas el justo está confiado como un león» y «el león fuerte entre todos los animales», pero por la misma razón resultaba difícil de desenredar aquel enigma que planteara Sansón durante los siete días del banquete que encontramos en Jueces 14. Y si el león representa la fiereza, el arrojo, la fuerza, el corderillo representa lo sumiso, lo débil, lo temeroso, lo sufrido. ¿Podranse conciliar ambas cosas, todo ello, en un solo ser? Pues

de nuestro glorioso Jesús leemos que representa los dos extremos: «...el *león* de la tribu de Judá... ha vencido para abrir el libro... y miré y he aquí en medio del trono... un *cordero*...» (Apocalipsis 5).

El león venció, conquistó y triunfó glorioso porque participó de carne y sangre «para destruir por la muerte al que tenía el imperio de la muerte» «sacólos a la vergüenza en público» (Colos. 2). Aquel león de Judá, por tanto, sabiendo todo cuanto iba a acontecerle «afirmó su rostro para ir a Jerusalem» (Luc. 9) o, como se lee en Isaías 50: «puse mi rostro como un pedernal». En verdad, no se amedrentaba por nada, y llegó a exclamar: «¡Cómo me angustio hasta que no sea cumplido!» (Luc. 12).

¿Y es aquel mismo león el que luego, calladamente, silencioso, es llevado, sin abrir su boca «como cordero al matadero»? ¿Es el terrible y rugiente león de Judá el que, maniatado, se coloca sobre el altar del sacrificio para ser consumido? Como en el caso del acertijo de Sansón, bien podemos decir que era un panal de dulce miel lo que había en el león... porque de él estamos gustando todos los que hemos agradecido su muerte y le adoramos como Salvador y Señor nuestro, como Maestro y Sustentador cada día.

* * *

Tenía el pueblo hebreo, como explicamos al principio, un concepto dinámico de Dios. No era sólo sabio y santo y magnánimo, sino, además, enérgico y valeroso. Por algo el Salmo veinticuatro pregunta: «¿Quién es este rey de gloria?» para contestarse: «Jehová el fuerte y valiente, el poderoso en batalla». Y, por tanto, cuando ha de nacer el «niño» tiene

que ser un niño enérgico y fuerte: «llamarás su nombre... Dios fuerte». Los hebraístas nos dicen que el nombre que aparece en el original («El Gibbor») significa «Dios» (Él) y «valiente» (Gibbor), a la vista de lo cual, y de lo antedicho, entendemos mejor que Jesús sea un héroe, un valiente, tan valiente como para desprenderse de todo y «nacer» aquí abajo. Tal vez esta valentía es la que no entienden muchos que «quieren tener el primado» porque no saben, como el Maestro, retirarse a una posición más baja, y así ponen en peligro la promesa de ser en su día «ensalzados»...

Es heroica la venida del Hijo de Dios porque tenía que luchar sobre la tierra con el enemigo más repulsivo que se pueda imaginar: «el príncipe de este mundo», que le había dominado y había hecho que los hombres de «su mundo» se rebelaran contra Dios. En principio, se había valido de la idolatría, luego de la falsa religiosidad, después de la hipocresía y de la mentira, disfrazándose, finalmente, de «ángel de luz» para engañar. Y en este punto es en donde tantos predicadores y cristianos faltan: en presentar a Jesús como «el valiente», pero el valiente en su totalidad, porque no sólo podemos luchar contra el diablo desde el púlpito, contra la incredulidad, contra quienes dudan de la autenticidad de la Biblia, contra quienes usan la Biblia para acaudillar movimientos anti-cristianos, sino también contra los hipócritas, contra los farsantes, contra los fariseos, contra aquellos que tienen hoy el privilegio de utilizar un arma que entonces no pudo lograr el diablo: la propaganda para sus propios fines, engañando a los de adentro y a los de afuera, contra todos esos que pretendiendo santidad y dominio y poder, merecen los azotes del látigo de

aquel valiente... y todo eso está dentro de nuestro corazón, dentro de nuestras iglesias, dentro de aquellos que «aman el primado», como antes dijimos... Aquí nos falta valentía para vencernos a nosotros mismos y humillarnos... apartarnos a tiempo y despojarnos de toda ambición...

Sólo un valiente entero, un Dios fuerte, podría condescender a ser «mediador», a colocarse entre dos bandos para intervenir como reconciliador y hacer la paz, solidarizándose con el fuerte y con el débil a un tiempo, asegurándonos el escritor de Hebreos que «no entró Cristo en el santuario hecho de mano, figura del verdadero, sino en el mismo cielo para presentarse ahora por nosotros en la presencia de Dios» (9.24) por lo cual podemos saber ahora que sólo por este mediador, Jesucristo «hemos recibido la reconciliación», pues antes éramos enemigos, como lo expresa San Pablo en estas palabras de Romanos cinco: «fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo».

Aquella muerte reconciliadora fué a un tiempo ofrenda y sacrificio, tanto por nosotros como para Dios, pues la Biblia nos lo enseña con estas significativas palabras: «Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo *por nosotros,* ofrenda y sacrificio *a Dios* en olor suave».

* * *

Los títulos «alfa y omega», de Apocalipsis 1.8, y «primero y último» (v. 17) son sinónimos y, por ello, al final del libro (22.17) el autor inspirado escribe de modo claro, como eco de las palabras últimas del Señor: «Yo soy el alfa y la omega, el primero y el último, el principio y el fin».

En todos los casos aprendemos una importantísima lección: que Jesús es Dios, como hemos comprobado en otros lugares, pues estos mismos títulos se los había dado ya Jehová en el Antiguo Pacto: «Así dice Jehová, rey de Israel y su redentor, Jehová de los ejércitos: Yo el primero y yo el postrero, y fuera de mí no hay Dios» (Isaías 44)... «Oyeme Jacob, y tú, Israel, llamado de mí: Yo mismo, yo el primero, yo también el postrero» (Is. 48).

Cuando nos iniciamos en el griego, sabemos que la primera letra de su abecedario o alfabeto se llama «alfa» y la última «omega», y todo cuanto se ha hecho con él y todo cuanto haya de hacerse tiene que estar dentro de esos límites, entre lo primero y lo último. Alguien dice que ello representa la «eternidad» de Dios y, por ende, la de Jesús, pero, no teniendo ninguno principio ni fin, la lección que recibimos será más bien la de que Dios, y también Cristo, principian y acaban su obra. Ellos han principiado la creación y la terminan, ellos han principiado la salvación y la terminan, ellos han principiado la Iglesia y la terminan, ellos han principiado en nuestros corazones su obra y la terminan. Sean estos títulos de «principio» y «fin» un consuelo para nuestras vidas. ¡Que no desfallezcamos si hoy creemos que Él nos abandona!

Cristo está trabajando en nosotros cada día, está acabando en nosotros su obra de perfección, y lo único que nosotros podemos preguntarnos hoy es esto: ¿qué material ofreceré al alfarero que me modela? Si me entrego con humildad y mansedumbre, seré como el barro que sólo el roce de un dedo del artista

embellece; si ofrezco cierta dureza, creyendo que tal vez Él es demasiado rígido conmigo, seré como la madera que hay que cepillar con un chirrido, pero si me resisto, me rebelo, y no quiero comprender el trabajo del Maestro, seré como la piedra, a la que hay que pulir, desgarrándola, con cincel y martillo. ¡Qué doloroso es recibir martillazos! Seamos como barro blando en las manos del divino Alfarero para que él, que fué en nosotros principio sea también fin, y fin glorioso...

CAPÍTULO VII

La Palabra (o sea el Logos)

Unos sesenta años después de la Ascensión de Jesucristo, Juan, aquel seguidor suyo conocido por «el discípulo que Jesús amaba» tenía la categoría de «Juan el teólogo». No era ya más el joven impetuoso, a quien Jesús calificara de «hijo del trueno», sino el anciano de blanca cabellera y dulces palabras que incitaban al amor entre los cristianos, entre los hermanos en la fe.

Es Juan quien llama en su Evangelio a Jesucristo «la Palabra», en griego «logos», que se traduce también por «verbo», al explicarnos que se hizo carne y habitó entre nosotros, más bien como el tabernáculo que se sitúa entre su pueblo. En el tabernáculo estaba Dios y la idea de San Juan es la de que Cristo, en forma de hombre, era Dios — tabernáculo entre su pueblo. El título de Logos, Verbo, Palabra, ha originado múltiples pensamientos y enfoques hacia la persona de Jesucristo, como palabra viva de Dios. Este título dado a Cristo aparece en el Nuevo Testamento precisamente en tres formas: «el verbo» (Evangelio de Juan), «el verbo de vida» (Primera carta de Juan), «El Verbo de Dios» (Apocalipsis de Juan).

Sabemos que sólo mediante la palabra podemos

expresar nuestros pensamientos; los deseos e intenciones de la voluntad lo revelan la palabra, y el hecho de que el Hijo de Dios sea llamado por el Espíritu Santo la «Palabra», o «la Palabra de vida», o «la Palabra de Dios», indica que en El tenemos la revelación del corazón y de la mente de Dios, su amor y su bondad y su misericordia, como igualmente su verdad y su carácter. La expresión de Juan es hermosa: «Y aquel verbo fue hecho carne... y vimos su gloria... de su plenitud tomamos todos... la ley por Moisés... la gracia y la verdad por Jesucristo... a Dios nadie le vio jamás, el Unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le declaró» (el sentido de esta palabra es, más bien, «él nos lo contó», como Palabra misma).

Siendo Jesús el Hijo, nadie sino él podía conocer al Padre, como vemos en los Evangelios y, por lo mismo, nadie con mayor propiedad podría *contarnos* lo del Padre. Así Juan declara: «el que Dios envió, las palabras de Dios habla» (3.34) y el pensamiento de Hebreos, al comenzar la carta lo confirma de modo muy gráfico: «Dios, habiendo hablado muchas veces y en muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos *ha hablado por el hijo...*»

En Capernaum el pueblo «se maravillaba de su doctrina porque su palabra era con potestad» y tal potestad que cuando el demonio salió del hombre que había en la sinagoga (Luc. 4) «hubo espanto en todos y hablaban unos a otros, diciendo: ¿qué palabra es ésta, que con autoridad y potencia manda a los espíritus inmundos y salen?» Jesús tenía que obrar y hablar de tal manera que fuese, en efecto, «boca de Dios», pudiendo, en justicia, en la oración

sacerdotal confesar: «las palabras que me diste les he dado y ellos las recibieron y han conocido verdaderamente que salí de ti y han creído que tú me enviaste».

En la Trinidad, Cristo ha sido siempre el revelador; de aquí que se le considere como el Angel de Jehová. Y vino al mundo como Verbo encarnado para revelar a Dios de la manera más perfecta posible. Cristo declara al hombre de modo eminente el amor de Dios, que Pablo resume bien en estas frases de Romanos 5.8: «Dios encarece su amor para con nosotros porque siendo aún pecadores Cristo murió por nosotros», palabras éstas que Juan corrobora en su primera carta 3.16: «En esto hemos conocido el amor, porque él puso su vida por nosotros».

Viene aquí a colación la controversia iniciada hace siglos por Petavio sobre cómo traducir mejor el vocablo «logos», si por «verbum» o por «sermo», es decir, por palabra sencilla o por discurso, y algunos preferirían traducir de la segunda manera y no de la primera en la iniciación del Evangelio de Juan. Pero, lejos de despreciar el sentido teológico del vocablo que estamos dando a Jesús, o sea el de su propio título, vale aceptar el sentido plural, aun simultáneamente, como vemos en muchas frases, pongo por ejemplo: «obrero que no tiene de qué avergonzarse, que traza bien la palabra (o palabras) de verdad»; «todos fueron llenos del Espíritu Santo y hablaron la palabra (o palabras) de Dios con confianza»; «nos lo enseñaron los que desde el principio lo vieron por sus ojos y fueron ministros de la palabra (o palabras)».

Tal vez convenga recurrir a lo que el obispo Lightfoot dijo en su Comentario sobre Colosenses

1.15: «La palabra «logos» entonces, que denotaba a un tiempo «razón» y «lenguaje», era un término filosófico adoptado por el Judaísmo Alejandrino, antes de que escribiese San Pablo, para expresar la *manifestación* del Dios Invisible, el Ser Absoluto, en la creación y gobierno del Mundo. Incluía todas las modalidades por las cuaes Dios se hacía conocer por el hombre; como Su *razón* denotaba el propósito o designio de Dios, como Su *lenguaje* implicaba la revelación de Dios... basta decir ahora que los maestros cristianos, al adoptar este término, exaltaron y fijaron su significado añadiéndole dos ideas definidas: a) «La Palabra es una Persona divina», b) «La Palabra se encarnó en Jesucristo...»

Esta divina persona, el Verbo era ya «en el principio», esto es, antes de que contase el tiempo, antes de que se iniciara la creación, pues El ya estaba en la gloria del Padre «antes de que el mundo fuese» y por ello Pablo dice a los de Colosas: «él es antes de todas las cosas». El sentido del monosílabo «con» que emplea Juan no indica que el Verbo estaba junto a Dios solamente, o en su presencia, sino que transmite la idea de algo mucho más profundo. La misma palabra se traduce por «uno al otro» («Entonces los discípulos decían el uno al otro, ¿si le habrá traído alguien de comer? (Juan 4), por «los unos a los otros» («estaban todos atónitos y perplejos, diciendo los unos a los otros: ¿qué quiere ser esto?» (Hech. 2), por «entre sí» («iban hablando entre sí de todas aquellas cosas» (Luc. 24), y comenzamos a entender mejor el sentido que presenta a Cristo como la delicia del Padre, el objeto eterno de su amor, que le encierra en la palabra «hagamos» de la creación y le unifica en Juan 17: «también nosotros somos una

cosa». Esta Palabra, aunque pudo presentarse en la Tierra como Dios mismo, «no tuvo por usurpación ser igual a Dios».

Todas estas declaraciones no hacen sino resaltar el hecho de la distinta personalidad del Hijo, pues aunque la Divinidad es una, existen, sin embargo, tres Personas. ¿Y quién va a explicarnos esto?, ¿qué predicador sabrá hacerlo? Ninguno porque «nadie conoce al Hijo sino el Padre» (Mat. 11). Nuestra mentalidad es un pobre receptor que no sintoniza esta onda, pero ya nos basta con sintonizar y oir todo lo que la Palabra nos va diciendo en las páginas fieles de la Biblia, aunque también haya algo de extra-delicado en la paridad de valores en la Palabra encarnada y la Palabra escrita, que se escapa a nuestra también pobre percepción espiritual. La venida de nuestro Señor Jesucristo al mundo fue expreso propósito de la «revelación» del Padre a la humanidad. Él se presentó como el Revelador de Dios y el Salvador del hombre. De ahí que Juan nos diga: «La Palabra fue hecha carne y habitó entre nosotros...» y, Pablo «En Él habita toda la plenitud de la divinidad corporalmente».

Él vino, Palabra viva, pero luego, en el plan de Dios, un día volvió al Padre y el Espíritu Santo, la tercera Persona de la Divinidad, vino a nosotros y se movió entre los hombres de Dios para escribir aquellas cosas que ellos habían visto y oído porque eran necesarias para las generaciones futuras y hoy, esas generaciones futuras, tienen la Palabra escrita, que constituye la revelación final y de autoridad procedente de Dios. Pero hemos de recordar que de la misma manera que el Espíritu Santo se movió para darnos esos escritos que constituyen el

Nuevo Testamento, también se movió en lo antiguo para que Moisés, David y los profetas nos diesen la Palabra escrita. Esta Palabra ha sido perseguida por las fuerzas del mal, de la misma manera que persiguieron a la Palabra viva y llegaron a clavarla a la cruz. Cristo resucitó y mostró su poder por encima de las fuerzas del mal, la Biblia sigue distribuyéndose por medio de las Sociedades Bíblicas, y también aquí se ve el poder de Dios por encima de las fuerzas del mal. Cristo nos da la vida eterna y San Juan dice: «Estas (palabras) son escritas para que creáis... y para que creyendo tengáis vida...» El título personal «logos» lo introduce San Juan sin explicaciones, suponiendo que sus lectores lo conocen. El que se nos presenta como «la Palabra» estaba en el principio y así entendemos la Trinidad de la revelación.

La «palabra» y «la palabra de Dios» están en íntima relación en el Nuevo y Antiguo Testamento. Antes de la encarnación, la Palabra era la única fuente de muchas palabras divinas, y así Gregorio llama a la Biblia «Cor et animam Dei», y Cristo, la Palabra encarnada, es él mismo el Evangelio.

En los Targums se emplea la Palabra en relación con Dios y en el de Onkelos sobre el Pentateuco, que es el más antiguo de fecha, la acción de Dios se relaciona siempre con «su Palabra» (memra), y así se puede consultar Gen. 7.16; 17.2; 21.20; 28.21; Ex. 19.17; Deuter. 3.2 y 4.24.

En relación con este uso debe observarse igualmente que «la palabra de un hombre» se emplea como perifrasis de «él mismo». Así los más antiguos escritores hebreos colocaban la palabra «memra» en aquellos lugares en que Moisés ponía la palabra

Jehová. Ellos dicen que era MEMRA, o la Palabra, quien hizo el mundo, quien apareció a Moisés en el Sinaí, quien sacó a Israel de Egipto, quien operó todos los milagros del Exodo, quien apareció a Abraham en la llanura de Mamré y que fue a Memra, la Palabra, a quien hizo su voto y reconoció como Dios Jacob, después de verle en Beth-el.

Es muy natural que el término «Palabra» venga relacionado con la idea de «profeta», pues la concepción de un profeta implica que sea canal o medio de comunicación por el que llega al hombre las palabras, o mensaje, de Dios. Hemos de ver, consiguientemente, por ser «Palabra», a Cristo como Profeta y ¡cuán grande profeta! Aquel magnífico comienzo de la epístola a los Hebreos nos presenta a Cristo como la revelación final de Dios al hombre, y como el último de toda la larga línea de profetas y videntes que transmitieron la Palabra de Dios a las gentes. Dios se había revelado parciamente muchas veces y de muchas maneras, pero en los últimos días de la revelación se presentó ya «en el Hijo», el más grande profeta que resume en su persona toda la profecía. En las edades pasadas, a semejanza de ese faro que en la noche envía, de modo intermitente sus ráfagas luminosas, Dios hacía brillar la luz de su Palabra por algún profeta, pero al nacer Jesús, Dios habló de modo definitivo y total, detuvo, por así decirlo, la rueda giratoria del faro y concentró toda la potencia en un solo haz de luz, que cobró enorme vitalidad.

Ya lo había anunciado Dios por medio de Moisés, en sus frases: «Profeta les suscitaré de en medio de sus hermanos... hablará todo lo que yo le mandaré» (Deut. 18), pero hizo recalcar algo de capital impor-

tancia para el hombre: «cualquiera que no oyere mis palabras que él hablare en mi nombre, yo le residenciaré» (le pediré cuenta de ello). ¡Y cuántas veces menospreciamos las palabras de Jesús...! Hacemos énfasis en ciertas verdades o principios que «manejamos mejor» y olvidamos la otra parte de la verdad, las otras palabras de Jesús, o de la revelación. Queremos ser «campeones del cumplimiento de la ley» y nos olvidamos de la «misericordia, del perdón, de la tolerancia, del amor...»

El profesor Hengstenberg, refiriéndose al profeta predicho, escribe: «No está hablando Moisés de un cuerpo colectivo de profetas, al final de los cuales por casualidad se encuentra Jesús, sino que todo el ministerio y actuación de los profetas se encuentran representados, personificados en Cristo, como Persona en la que aquellos ministerios y actuaciones serían perfectamente realizados». Todos los otros profetas no eran sino débiles antecesores, falibles, de aquel gran Esperado, aquel Grande que vieron sobre el Monte de la transfiguración Moisés y Elías para oir de Él lo que pensaba hacer en su «salida» de este mundo.

Entre los griegos un profeta era el que, sin que lo interpretase necesariamente, comunicaba los oráculos de alguna deidad determinada, y de este modo Platón observa: «Hemos de esperar a que alguno nos enseñe a comportarnos debidamente con los dioses». Era, pues, el profeta un mensajero de los dioses, enviado con una revelación del propósito y voluntad de aquellos seres celestiales.

Se dice que esta definición pagana de la finalidad del oficio profético puede aplicarse casi en su totalidad de modo «mutatis mutandis» al profeta de las

Escrituras, pues como dijimos antes, es un mensajero autorizado por Dios, para transmitir al hombre su consejo, «las palabras de Dios», como tantas veces leemos en la frase: «Así dice Jehová»,y en este sentido nadie más excelente que Jesús, que pudo decir: «Mi doctrina no es mía, sino de aquel que me envió» (Juan 7.16), en cumplimiento de aquella profecía de Isaías 61: «El espíritu del Señor Jehová es sobre mí porque me ungió Jehová; hame enviado a predicar buenas nuevas a los abatidos... a publicar libertad... a promulgar año de la buena voluntad... a ordenar a Sión...»

El mismo Jesucristo se aplicó el título de profeta en aquellas palabras: «No hay profeta sin honra sino en su tierra y en su casa» y: «...es menester que hoy, y mañana, y pasado mañana camine porque no es posible que profeta muera fuera de Jerusalem» (Mat. 13 y Luc. 13), al propio tiempo que las gentes también lo confesaban con la expresión llena de júbilo: «Este verdaderamente es el profeta que había de venir al mundo» (Juan 6).

Pero no podemos eliminar el aspecto predictivo en el carácter del profeta porque, como Gesenius manifiesta: «el profeta es aquel divinamente inspirado para predecir acontecimientos futuros», como ilustran los casos de Ezequiel (con sus visiones mileniales), las de Isaías, Jeremías, Abdias, Amos, Daniel, etcétera, y en este sentido, ¿qué duda cabe de que nuestro Señor era vidente del futuro? De no ser Omnisciente, ¿cómo podría haber predicho cosas que iban a acontecer y acontecieron? Él declaró a sus discípulos que uno le entregaría, predijo su juicio, sufrimiento, crucifixión y resurrección, reveló a Pedro que le iba a negar, anunció la destrucción

del Templo y tantas cosas más, pero, contrariamente a la ambigüedad de algunos oráculos paganos, las predicciones de nuestro Señor fueron exactas, claras, matemáticas...

Y si la Palabra nos recuerda el mensaje, y el mensaje al mensajero, ¿no es también Jesús, por Palabra, el Apóstol por excelencia? Este es otro de sus títulos, conectados con la idea del «logos» porque el vocablo que más de setenta veces se traduce por «apóstol» en el Nuevo Testamento lo es también por «mensajero», como en el caso de Tito o en el de Epafrodito (2.ª Cor. 8 y Fil. 2). Un apóstol es aquel que va enviado, el que lleva un encargo, una misión, y de la categoría del que envía toma autoridad el «enviado», como declara el Maestro a los suyos en aquella frase notable: «el siervo no es mayor que su señor, ni el apóstol es mayor que el que le envió» (Juan 13).

De consiguiente, cobra realce la autoridad de Jesús cuando él, llamando a sus doce discípulos y dándoles potestad contra los espíritus inmundos para que los echasen fuera y sanasen toda enfermedad y toda dolencia... a estos doue *envió* Jesús...» (Mat. 10) de donde recibieron aquellos discípulos el nombre de apóstoles, o enviados para una misión o encargo trascendental, como el mismo Judas en su carta recuerda en aquellas palabras: «...tened memoria de las palabras que antes han sido dichas por los apóstoles de nuestro Señor Jesucristo».

Por tanto, cuando vemos claramente que «el Padre ha enviado al Hijo» (1.ª Juan 4) y el mismo hijo dice: «Me ha enviado» (Luc. 4.18), o «Yo le conozco porque de él soy, y él me envió» (Juan 7.29), entendemos que el Hijo fue, en efecto, el Apóstol de título

exclusivo, según se nos dice en Hebreos 3: «...considerad al Apóstol... Cristo Jesús», como el Bautista apuntaba...» El que Dios envió las palabras de Dios habla... el Padre ama al hijo y todas las cosas dio en su mano...» (Juan 3.34) y por ello es de observar, especialmente, que mientras con frecuencia leemos en las Escrituras de *un* enviado, o apóstol, o de los apóstoles, este único título de «El Apóstol» nunca se da en la Biblia sino al Señor Jesucristo mismo. Él sólo y sólo él es «el Apóstol» por excelencia.

Por esta razón es Jesús mismo quien habla de él como del que «el padre envió», «al que tú has enviado» y otros tantos versículos del Evangelio de San Juan, paralelamente a las afirmaciones de Mat. 15, Luc. 4 y Juan 8: «No soy enviado sino a las ovejas perdidas...», «... es necesario que anuncie el evangelio... porque para esto soy enviado», «no soy solo sino yo y el que me envió, el Padre», «el que me envió conmigo está; no me ha dejado solo el Padre».

¿No podríamos nosotros, a solas, meditar serenamente sobre nuestra íntima relación con esta función de apostolado? Si en Isaías seis leemos: «¿A quién enviaré y quién irá...¿ heme aquí, envíame a mí...» y en Juan encontramos al Verbo hecho carne... y más tarde aquellas solemnes palabras suyas: «como tú me enviaste al mundo, también los he enviado al mundo» (Juan 17) y las otras: «Paz a vosotros, como me envió el Padre, así también yo os envío» (20.21), ¿podremos nosotros reclamar para nuestra labor el título de apóstoles o enviados, o misioneros, u obreros, o pastores, o simplemente el de «siervos», que todos debemos serlo, si no estamos en íntima comunión con el Padre y con el «Verbo», con

la Palabra? Meditemos en nuestra fidelidad, en lo que nos parecemos a Jesús, en lo que nuestras acciones, nuestras resoluciones, nuestras palabras, pronunciadas o escritas, puedan parecerse a Aquélla, que era amor, comprensión, perdón, sacrificio, anonadamiento...

CAPÍTULO VIII

El Consolador

Cuando llega a nuestras manos una piedra preciosa no nos contentamos con mirarla por un solo lado, sino que le damos vueltas para gozar de todas sus luces y reflejos, encontrando así nuevos encantos y bellezas. De igual modo hacemos cuando estudiamos a Jesús a la luz de sus distintos títulos, como lo venimos estudiando, lo que nos proporciona un aumento de la revelación, un progreso de la misma en cuanto a las innumerables riquezas que esconde el plan de Dios. Y, desde luego, encontraremos muchas bellezas al estudiar su título de Consolador, a la luz de las bendiciones que nos proporciona y de los frutos que produce en nuestras vidas, como recuerda San Pablo a los cristianos de Galacia en aquellas palabras: «Y por cuanto sois hijos, Dios envió el Espíritu de su Hijo en vuestros corazones, el cual clama: Abba, Padre» (4.6).

Entendemos de las palabras del mismo Jesús «rogaré al Padre y os dará otro consolador» que el primer gran Consolador que tuvo el mundo fue Jesús mismo, y él sólo llenó las esperanzas de aquéllos que esperaban la consolación de Israel, pues había sido profetizado que aquel niño de linaje real sería, entre otras cosas, Consejero, o Consolador, o Abogado,

como a veces se traduce la misma palabra. Sin embargo, llegó la hora en que había de partir de este mundo para regresar al lugar de donde viniera y entonces ¿qué iba a ser de sus discípulos, de los suyos, de sus ovejas? Jesús afirmó que no les dejaría «huérfanos» y que estaría con ellos siempre, «todos los días», en la Persona del Espíritu Santo.

Así, pues, San Pedro, en su sermón de Pentecostés, declara: «A este Jesús resucitó Dios... y recibiendo del Padre la promesa del Espíritu Santo, ha derramado esto que vosotros veis y oís». Siguiendo a lo largo del Nuevo Testamento la frase «la promesa del Padre», empezando por Lucas 24.49: «He aquí yo enviaré la promesa de mi padre sobre vosotros...» encontramos que se nos da una clara indicación de la persona y obra del Espíritu Santo, al que, como vimos antes, Jesús llama «otro Consolador» porque ya había uno, que era el propio Jesús.

Pero leemos en 1.ª Juan 2.1 que el mismo Espíritu Santo llama a Jesús exactamente igual: «paracletos». En los días de su carne, nuestro amado Salvador, por las limitaciones naturales, de tiempo, geográficas, etc., sólo pudo reunir a un grupo de discípulos, pero luego, ascendido en los cielos, al enviar el Espíritu Santo, reune de todas partes a los suyos, sin barreras ni limitaciones geográficas o físicas, de modo que Jesús subió a los cielos y en su lugar el Espíritu bajó a la tierra, quedando Él a la diestra del Padre y el Espíritu como «Guía» de la Iglesia. Es pecado, de consiguiente, el pecado mayor según palabras de Jesús, el buscar para la Iglesia un hombre como guía, usurpando el lugar del Espíritu de Dios. Tertuliano, en su obra «De virginibus Velandis», nos

dice que el único Vicario de Cristo es el Espíritu Santo.

Ahora bien, esa voz griega «paracletos» se refiere tanto a Cristo como al Espíritu. Al segundo en su aspecto de *consolador* presente, en su obra actual en la Iglesia, y al primero en su aspecto de *abogado*, en su obra personal en el cielo. Del Espíritu dice Cristo en San Juan: «el Consolador, el Espíritu Santo, al cual el Padre enviará...» «el Consolador, el cual yo os enviaré...» «si yo no fuese el Consolador no vendría». De Cristo dice el Espíritu Santo en 1.ª San Juan: «si alguno hubiere pecado abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo».

El conocido obispo H. C. G. Moule dice que se acepta generalmente que la palabra Espíritu en el Nuevo Testamento, en su original, cuando va precedida del artículo, se refiere siempre al Paracleto personal, pero que sin el artículo se refiere a la «influencia». Entendemos que la polémica sostenida sobre si el Espíritu Santo es persona o influencia, puede quedar bastante clara aceptando que en la Biblia hay influencias divinas y que el Espíritu puede ser una «influencia» en el hombre, pero que esa influencia no es sino la obra de «la Persona» reflejada sobre el hombre.

En cuanto al sentido de Consolador (paracleto) y abogado, Lightfoot, en su libro «*On a Fresh Revision of the New Testament*» viene a decirnos que ambos son paráfrase del término griego «paracletos». Desde luego, salta a la vista el notable contraste entre el Antiguo y el Nuevo Testamento respecto a la operación, o «influencia» del Espíritu Santo, pues mientras allá venía sobre un israelita para ejercer un servicio extraordinario y se retiraba cuan-

do el propósito era cumplido, acá mora en el cristiano y éste no puede jamás salvarse fuera de su relación con esa «influencia» (que no deja de ser Persona, como afirma rotundamente San Pablo en Romanos 8.9: «...si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, el tal no es de él».

Constituye un aspecto difícil de la revelación el deslindar los campos de la relación entre Jesús mismo y el Espíritu Santo, pues vemos en la Biblia que Jesús realizó sus obras por el poder del Espíritu Santo: «El Espíritu vendrá sobre ti... por lo cual lo santo que nacerá será llamado Hijo de Dios» (Luc. 1.35); «Y Jesús, después que fue bautizado... vio al Espíritu Santo... y venía sobre él» (Mat. 3.16); «...el que Dios envió, las palabras de Dios habla porque no da Dios el Espíritu por medida...» «...volvió del Jordán y fue llevado por el Espíritu al desierto» (Juan 3.34 y Luc. 4.1).

El profeta Isaías dice de Él, haciéndose portavoz del Padre: «...Mi amado, en el cual se agrada mi alma, pondré mi Espíritu sobre él (42) y en la epístola a los Hebreos vemos que Cristo se ofreció por el Espíritu Santo: «...Cristo, el cual por el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha...» (9.14).

Se nos dice que la dependencia de Cristo respecto del E. S. hay que contemplarla a la luz de su humanidad, como el cristiano sirve en el poder del E. S. Pero, siendo igual al Espíritu Santo, tenemos otra verdad correlativa, que el Espíritu se sujeta a Jesús por cuanto él mismo le envía: «...si yo fuere, os le enviaré». El espectáculo de Pentecostés se debe, naturalmente, a ese envío que Jesús hace a sus discípulos y porque lo envía también puede darlo, como hiciera después de resucitar: «...como me envió el

Padre, así también yo os envío: Y como hubo dicho esto sopló y díjoles: Tomad el Espíritu Santo» (Juan 20).

Otra circunstancia notable es que el Espíritu Santo habla y enseña lo que Cristo pretende, como vemos claramente en aquellas palabras suyas: «Cuando viniera aquel Espíritu de Verdad, él os guiará a toda Verdad; porque no hablará de sí mismo, sino que hablará todo lo que oyere y os hará saber las cosas que han de venir» (Juan 16.13). Por tanto, intuyendo una profunda y santa analogía, creemos que la relación del Espíritu con el Hijo y la de éste con Él está íntimamente unida a la cuestión de la interrelación de la Divinidad en su carácter triuno de difícil aclaración.

Recordemos que cuando el Señor dijo: «otro Consolador» empleó una palabra en el original que significa «más de la misma clase», implicando de modo cierto que mientras él estuviese ausente en cuerpo, les acompañaría «de otra manera». Todos los discípulos recordaban aquella terrible noche en el lago, cuando creían perecer y Jesús, como el Gran Consolador, aparece andando sobre las aguas para aquietar la tempestad y devolverles la paz. ¿Podría dejarles huérfanos? Por ello afirma que no lo hará y que les seguirá consolando. Sin embargo, la cuestión eterna es ésta: «¿dejaría en su lugar («vicario») a Juan, o a Pedro, o a Jacobo, o a cualquiera de los discípulos? ¡Imposible! Jamás un hombre puede ser vicario del Hijo de Dios. Es preciso ser «algo más que mero hombre» para poder cumplir los requisitos de aquella palabra que pronunciara el Maestro: «allos» (que en griego indica diferencia numérica, u «otro de la misma especie»). Un hombre podría

haberle sucedido si la palabra empleada hubiese sido «éteros» (que expresa diferencia cualitativa, u «otro de otra clase») para lo cual, tanto Pedro como Juan, o Jacobo o Pablo, habrían, desde luego, servido, pero No. Cristo necesitaba dejar sobre la tierra, como Consolador, a «parte de la Divinidad»: el Espíritu Santo. De ahí que si en Romanos 8.26 leemos: «...el mismo Espíritu pide por nosotros...», en el versículo 34 vemos que Cristo, que murió por nosotros para salvarnos y «...además está a la diestra de Dios, él que *también* intercede por nosotros».

Al ascender al cielo, asumió Cristo un ministerio triple: a) *distribuidor de los dones,* y así nos dice Pablo: «a cada uno de nosotros es dada la gracia conforme a la medida del don de Cristo. Por lo cual dice: subiendo a lo alto, llevó cautiva la cautividad y dio dones a los hombres...» (Efes, 4) y: «...hay repartimiento de dones más el mismo Espíritu es. Y hay repartimiento de ministerios mas el mismo Señor es. Y hay repartimiento de operaciones mas el mismo Dios es el que obra todas las cosas en todos» (1.ª Cor. 12); b) *intercesor,* continuando en el cielo lo que comenzó en la tierra, siendo el Pastor eterno de las ovejas que rescató: «Yo ruego por ellos... cuando estaba con ellos en el mundo, yo los guardaba en tu nombre...» (Juan 17). Pero en esa misma oración sacerdotal Cristo afirma que «no ora por el mundo», sino por los que el Padre le dio. c) como *abogado,* según vemos en Hebreos: «...entró Cristo... en el mismo cielo para presentarse ahora por nosotros en la presencia de Dios» (9.24) y en esta actuación tiene que ver con el pecado actual del creyente. Su función como abogado se adapta a las necesidades de los santos pecadores como la salvación

se adapta a las necesidades de los perdidos, pensamiento que nos lleva a la primera carta de San Juan. Allí en los capítulos primero y segundo se contestan a dos importantes cuestiones: a) cuál es el efecto del pecado del cristiano sobre él mismo y b) qué efecto produce en Dios, teniendo su curación prevista por la confesión. No encontramos allá que el creyente se pierda por sus pecados, pero sí que padece por la falta de comunión con Dios Padre y Dios Hijo («nuestra comunión es verdaderamente con el Padre y con su Hijo Jesucristo»).

San Agustín, refiriéndose a Jesús como único abogado ante el Padre, escribe en su comentario a la primera carta de San Juan, una vez aceptado que se deslice un pecado por la fragilidad de la vida humana: «¿Qué hacer entonces? ¿Acaso desesperarnos? Escucha lo que nos enseña San Juan: «Mas si alguno de vosotros pecare, abogado tenemos ante el Padre, a Jesucristo, justo, y Él mismo es propiciación de nuestros pecados». Él es, pues, el abogado; mas tú procura no pecar. Pero si por la flaqueza de la vida se te deslizare un pecado, míralo en seguida, recházalo en seguida, condénalo en seguida, y una vez lo hubieres condenado, ya puedes acudir al juez con seguridad. Allí tienes al abogado; no temas perder la causa de tu confesión. Pues si hay veces en esta vida en que se encomienda un hombre a una lengua elocuente y no pierde su causa, ¿vas a perecer tú que te encomiendas al mismo Verbo? Grita: «¡Tenemos un abogado ante el Padre!» Mirad a Juan mismo como guarda la humildad. Cierto, varón justo y grande era aquél que del pecho del Señor bebía los secretos de los misterios; aquél que bebiendo del pecho del Señor sacó del suyo la confesión de su di-

vinidad: «En el principio era el Verbo y el Verbo estaba junto a Dios». Pues bien, un varón tal no dijo: «Tenéis un abogado ante el Padre», sino: «Si alguno pecare, tenemos —dice— un abogado». No dijo «tenéis», ni menos «me tenéis a mí», sino que puso a Cristo y no a sí; y dijo «tenemos» y no «tenéis». Prefirió ponerse entre los pecadores, a fin de tener por abogado a Cristo que no ponerse por abogado en lugar de Cristo y ser condenado entre los soberbios. Hermanos, a Jesucristo justo, a Él es a quien tenemos por abogado ante el Padre. Él es propiciación por nuestros pecados. El que esto mantuvo, no fue causa de herejía; el que esto mantuvo, no fue causa de cisma. Porque ¿de dónde han procedido los cismas? De que hay hombres que dicen: «Nosotros somos los justos»; de que hay hombres que dicen: «Nosotros santificamos a los impuros, nosotros justificamos a los impíos, nosotros rogamos, nosotros impetramos». Juan, empero, ¿qué dijo? «Si alguno pecare, tenemos un abogado ante el Padre, a Jesucristo el justo».

¡Qué consuelo tan grande para aquéllos que hemos sido condenados por los hombres, para aquéllos que hemos sido excomulgados por los hombres, para aquéllos que hemos sido víctimas de los que se consideran justos para acusar y santificantes para condenar! Aquel humilde Juan ha sido menospreciado por otros soberbios juanes...

Si alguien quiere vivir una vida Cristocéntrica no tiene más remedio que sentirse controlado o guiado, ayudado, dirigido, consolado, por el Espíritu Santo, y éste es un privilegio único del cristiano,ya que Jesús lo planeó como Consolador, pues en aquellos momentos solemnes, de tristeza, cuando hace aquella

confesión tan esperanzadora de que no dejaría huérfanos a los suyos hace referencia al Espíritu de verdad, al cual el mundo no ve ni siquiera conoce, y pronuncia estas palabras: «mas vosotros le conocéis porque está *con* vosotros y será *en* vosotros». Los discípulos, en la Persona de Cristo veían, porque estaba junto a ellos, al Espíritu de verdad, y luego le tendrían en sus corazones porque el Espíritu Santo estaría dentro de ellos, como San Pablo hace recordar: «No sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?»

Así, mientras Cristo intercede cada hora por los suyos, nosotros aquí en el mundo debemos caracterizarnos por esta condición: ser llenos del Espíritu Santo, como lo fueron los ciento veinte que proclamaron las buenas nuevas de Salvación a los millares de judíos piadosos que se encontraban en Jerusalem, congregados de tantas partes del Imperio Romano, como lo fueron todos aquellos santos varones de Dios que en los siglos posteriores produjeron los grandes resurgimientos, reformas y purificaciones de la Iglesia. No debemos contentarnos con una vida rutinaria de la Iglesia, sino tender a la purificación de nuestras vidas y excitar la purificación de los demás, incluso denunciando los males, como hacen siempre los profetas. Tengamos en cuenta que el Espíritu Santo necesita de dos cauces principales por los que fluir en una persona: la integridad y la curiosidad.

Si el cristiano no es íntegro, esto es, se dispone a escuchar la voz interior de Dios y seguir la verdad, sin importarle lo que digan otras voces, su vida espiritual estará tarada por esa carcoma tan perniciosa que entra por cualquier rincón del mueble de la Iglesia para minarla toda, desde arriba bajo: la

hipocresía. ¡Cuánta falta de Espíritu Santo se percibe por causa de la hipocresía! Pero el cristiano que quiera ser íntegro, recio, bañado por la corriente del Espíritu Santo ha de alejar de su vivir la máscara horrible de la hipocresía. La versión de Moffat traduce a nuestro gusto lo que debe ser el cristiano: transparente, en Filipenses 1.9-11: «Ruego que vuestro amor abunde más y más en un claro conocimiento y una segunda percepción para probar las cosas que difieran, de modo que seáis hombres transparentes en vuestro carácter y sin censura, preparados para el día de Cristo, siendo llenos de estos frutos de justicia que vienen por Jesucristo, a la gloria y alabanza de Dios».

La tragedia mayor de la vida cristiana es presentar falsos frentes. No mostramos al exterior lo que sentimos en el interior, olvidando al Maestro en su «sí, sí; no, no». Por algo las palabras más duras de Jesús fueron dirigidas a esos hipócritas que son «sepulcros blanqueados, llenos de huesos de muerte».

La curiosidad del creyente es otro cauce por el que debe fluir el Espíritu Santo, puesto que no hay conquista intelectual sin la curiosidad. La mayoría de los ignorantes son aquéllos que nunca han querido saber nada, ni preguntar nada. Son nuestros niños precisamente quienes nos preguntan más y a quienes debemos informar de todo, con las palabras adecuadas, para que se desarrollen; tal vez incluyó esta faceta Cristo en su adverteniia de «Si no os volviéreis y fuéreis como niños, no entraréis en el reino de los cielos».

Característica de la niñez es la insaciable curiosidad y en el Nuevo Testamento el criterio fundamental de la presencia del Espíritu Santo (por el

que nacemos de nuevo «como niños») es escatológico: nueva vida, nueva era, nuevo día, y hemos de experimentar una incesante curiosidad por todo lo que encontramos a nuestro paso en nuestra vida cristiana; aprenderemos así a señalar la hipocresía, la envidia, la maldad, la astucia y nos uniremos al amor y la sinceridad.

William Sheldon, uno de los mejores psiquiatras de los Estados Unidos, dijo que la petulancia es el enemigo más fatal de la mente humana, que destruye toda posibilidad de desarrollo intelectual. La actitud del petulante es: «Usted me va a enseñar a mí... con mis experiencias... yo ya lo sé todo...» Esta petulancia llevada a la religión es fatal, produce la rigidez teológica de la muerte. Aquella iglesia considera cualquier idea como peligrosa, no acepta nada que ella no «sepa», no puede crear nada nuevo, parece un ejército de autómatas eclesiásticos por los que el Espíritu no pasa; hay una válvula cerrada, la de la santa curiosidad. Hay que escudriñar la Biblia, como los de Berea, pues ella contiene «la fe dada una vez para siempre a los santos».

Dios ha dotado a sus hijos de curiosidad para que tengan una mente abierta que les permita ver a Dios dondequiera que se halle y no sólo en los viejos patrones y prácticas resecas. Por ejemplo, un tipo de lectura o de enseñanza que no tienda sino a confinar al hombre cada vez más dentro de su propio marco intelectual o de rutina eclesiástica, hasta que el pensar ya no es pensar, sino «reajustar», carece de estas dos cualidades señaladas: la integridad para emanciparse de la hipocresía, la curiosidad para conocer nuevas esferas del campo de la revelación. No olvidemos que el Espíritu Santo es «el Guía de la

Iglesia», como hemos dicho en la Semana de Oración Unida en todas las Iglesias evangélicas del mundo y que el Espíritu Santo es «el otro Cristo» que, por ser Cristo, por ser el Jehová de las revelaciones constantes, por haber apuntado «mayores cosas haréis» y «más grandes cosas veréis», nos advierte de esta riqueza de revelación en el futuro, que no puede ser «oprimida» en una línea de conducta en la Iglesia «prevista» por algún hombre.

En nuestras angustias, desfallecimientos, incomprensiones, incluso persecuciones, tanto individuales como colectivas, hemos de echar mano de este maravilloso Consolador que levanta nuestra alma a regiones más altas, haciéndonos volar por un plano superior a la intriga y decepción de la tierra. Como San Pablo, encadenado en Roma, decía a los de Filipo: «Gozaos en el Señor siempre; otra vez os digo que os gocéis», así también nosotros, en la adversidad y en la negrura debemos alegrarnos sabiendo que con nosotros está Cristo, no ya sólo a «nuestro lado», sino, más aún, en nuestro templo...

El Salmo 68 afirma que Jah (el Jehová-Cristo ya estudiado) es padre de huérfanos y defensor de viudas, y nos parece significativo que el sentido de la palabra «parácletos» sea indiscutiblemente pasivo, viniendo a significar «uno que se llama para ponerse al lado de otro», sentido clásico que emplea Demóstenes, hablando sobre los abogados en «De Falsa Leg» y Filo, en «Leg, in Flac.», como abogado o intercesor, y otros, en especial los Padres griegos. Es Orígenes, según Rufino, quien define el sentido de esta manera: «La palabra parácleto tiene dos sentidos en el griego: «intercesor» y «consolador» (deprecatorem et consolatorem)...»

Ahora bien, *¿traemos* nosotros al Espíritu Santo en nuestra defensa y consuelo (ya vimos que la acción es pasiva) en nuestras pruebas diarias como cristianos, y en nuestras pruebas nacionales como iglesia? Si pretendemos confiar sólo en el hombre para que sea nuestro abogado o nuestro consuelo, la Biblia es dura, muy dura, para quienes lo pretendan porque dice tajante: «¡Maldito el hombre que confía en el hombre!» Sea, pues, Cristo, siempre nuestro abogado y nuestro Consolador...

CAPÍTULO IX

Jesús, el Maestro

En el Evangelio de San Marcos (1.22) se lee que a toda la multitud de hombres, mujeres y niños que acudían a él de todas partes, Jesús «les enseñaba como quien tiene potestad». He aquí un Maestro que sabe enseñar.

Hay un refrán castellano que dice «a falta de pan, buenas son tortas», y así nos sucede con harta frecuencia, no ya sólo en el mundo, sino, por desgracia, dentro de la Iglesia. A falta de buenos enseñadores, porque no se han capacitado, la Iglesia «despacha» a sus fieles, con malos maestros que no pueden tener la potestad de presentar TODA la Escritura y se «especializan» en algunos puntos de doctrina para llevar a la grey por aquel camino de «su denominación». Pero Cristo era el Maestro por excelencia por cuanto no venía a fundar una denominación eclesiástica, sino a llamar a hombres y a mujeres para que siguieran su doctrina y entonces llenarse de su nombre: Crist-ianos, seguidores de Cristo.

Por ello el pueblo de entonces le conoció con el nombre o título de Maestro, o como aparece en el original del Nuevo Testamento, *didaskalos*, el que enseña. Catorce veces se emplea el vocablo «Rabí», que

en el idioma arameo se aplicaba con afecto a un maestro. En dos ocasiones se le llama Rabboni, forma más ampliada de Rabí.

Las referencias frecuentes a su enseñanza, el uso de aquellos títulos que reconocen su ministerio de enseñanza cincuenta y seis veces deben ser una prueba de por sí suficiente de que nuestro Señor había conmovido al pueblo, afectado la sociedad por su condición de Enseñador, antes ya de que realizara milagros mostrando su poder divino.

La enseñanza de Cristo, a poco que observemos, se fundaba en la misma Biblia, en la Palabra de Dios, que había sido escrita bajo la influencia del Espíritu Santo por los varones elegidos de Dios, antes de que Cristo naciera, y luego, el mismo Espíritu Santo suscitó nuevos varones de Dios para que escribieran en el mismo libro de Dios lo que faltaba para su terminación, empezando por las enseñanzas de este supremo Maestro, o Rabí.

Si en aquella época que se distinguía por un relajamiento espiritual, por un encuadrarse en moldes secos, fríos, muertos, en una época en que escribas y fariseos sepultaban la verdad divina para cubrirla con tradiciones, costumbres y enseñanzas de hombres, se levantó Cristo, como el Maestro de Dios que enseñaba a las multitudes la Verdad de Dios, ¿cómo no vamos hoy a necesitar al mismo Maestro cuando también los hombres, también los religiosos quieren sepultar poco a poco la Santa Palabra de Dios para cubrirla con sus tradiciones, con sus consignas, con sus enseñanzas, al fin y al cabo pobres enseñanzas de hombres? ¡Sea Cristo, hoy como antes, nuestro Maestro, el verdadero Maestro, el Maestro por excelencia!

Y si dejamos a Cristo hablar, si pedimos que sea Cristo el Maestro de la Iglesia, de los hombres, oiremos, hoy como entonces, aquellas palabras que salen de los corazones sencillos y hambrientos a un tiempo, de aquéllos que se maravillan diciendo: «¿Qué es esto? ¿Qué nueva doctrina es ésta?»

Era Jesús un Maestro único porque bajó del cielo y Juan pudo decir: «Vimos su gloria». Por eso dejó tras sí el resplandor brillante de aquella gloria que había compartido allá arriba con el Padre y que él abandonó por un tiempo para humillarse entre los hombres y ser como ellos, a fin de ganarlos, por su doctrina, doctrina de muerte y resurrección, para Dios y llevarles con él al cielo. Cuando en lo alto del Hermón Pedro, Jacobo y Juan, sorprendidos, maravillados de la transformación de Jesús, oyen la voz de los cielos: «Este es mi hijo amado, en el cual tomo contentamiento; a él, oíd», no tuvieron más remedio que entender que, al hablar, y por hablar con palabras del Padre, Jesús era el Maestro que habría de dejarles una doctrina, una enseñanza, que ellos tenían que repetir, que legar, que escribir para los discípulos que habríamos de seguir tras ellos al mismo Maestro, al mismo didaskalos, al mismo Rabí.

En Juan 13 oímos la propia confesión de Jesucristo: «Vosotros me llamáis Maestro... y decís bien porque lo soy. Pues si yo... el Maestro... vosotros también...»

Cuando Juan confesó: «Y vimos su gloria», indudablemente está manifestando que había aprendido mucho de lo que Cristo enseñó por el sólo hecho de estar, en forma de carne, obrando y realizando, milagros. En otras palabras, Cristo, el gran Maestro, enseñó también, sin hablar, por sus mismas operaciones

maravillosas. Pero al ver su gloria, Juan dice que era lleno de gracia y de verdad, es decir que este Maestro, aunque no empleó abundancia de palabras, aunque su retórica no era como la de otros maestros, sin embargo lo que decía era Verdad. Era el Maestro que, por ser Palabra divina en sí mismo, enseñaba la Verdad divina.

De consiguiente, Juan nos da la clave de la habilidad del Señor para enseñar a las gentes, o sea la misma divinidad del Maestro, la misma constante relación con el Padre porque «el Unigénito hijo que *está* en el seno del Padre, el le *declaró*». Por cuanto Jesús tomó forma humana, pudo revelar la naturaleza divina de manera que pudiésemos entenderla. Nos la enseñó en su propia vida. Si «Josaphat al tercer año de su reinado envió sus príncipes Ben-hail, Obdías, Zacarías, Nataniel y Miqueas para que enseñasen en las ciudades de Judá y con ellos a los levitas Semeías, Nethanías, Zebadías...» (2.ª Cr. 17) etc., llegada la plenitud de los tiempos el Rey de los cielos nos envía para enseñar en las ciudades de Israel, del material y del espiritual, al único Maestro, en el que se resume toda la enseñanza de Dios.

Jesús, el Maestro, nos enseñó con elocuencia: «Y maravillábanse los judíos, diciendo: ¿Cómo sabe éste letras, no habiendo aprendido?» (Juan 7.15). Jesús, el Maestro, nos enseñó como quien tiene la verdadera doctrina: «Y fue que como Jesús acabó estas palabras las gentes se admiraban de su doctrina» (Mat. 7.28). Jesús, el Maestro, nos enseñó con autoridad: «Porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas» (Vs. 29). Jesús, el Maestro, nos enseñó con poder: «Ve, lávate en el estanque de Siloé... y fue entonces y lavose, y volvió, viendo» (Juan 9.7).

Este Maestro poderoso es el que emplaza a los hombres, es el que llama a sus discípulos, con la misma voz imperativa con que ordenó a Lázaro salir de la tumba. ¿Has oído tú la voz del Maestro, diciéndote «Ven tras de mí, te haré pescador de hombres»?

La voz del Maestro es imperativa porque la anima un sentido de urgencia. Las gentes necesitan ser enseñadas. La Verdad está escondida por el afán de este mundo. El príncipe que domina la tierra y a sus reyes no quiere que sea conocida la Biblia, la Palabra, la doctrina de este Maestro y trata por todos los medios de que las gentes la ignoren. Pero el Maestro sabe que vuelve pronto y que las masas han oído poco de Él, y quiere que sus discípulos enseñen, pregonen, publiquen, la verdadera doctrina. Aquí reside nuestra responsabilidad.

De la misma manera que el Maestro Jesús estaba consagrado a su labor, nosotros necesitamos ser hombres y mujeres consagrados para que nuestra labor sea eficaz. Cuando Jesús dijo: «Venid en pos de mí y haré que seáis pescadores de hombres», indudablemente encerraba dos ideas: la de seguir siempre al Maestro, tras sus pisadas, siguiendo su ejemplo y la de aprender cada día de él. Si queremos ser maestros tenemos que mostrar a nuestros discípulos las virtudes cristianas, la primera de las cuales consiste en el amor y la tolerancia. Un maestro que falla en comprender al discípulo, su mente, su capacidad, sus posibilidades, ha perdido gran parte de su trabajo. Nos quedará siempre en la memoria la celebérrima frase francesa: «Tout comprendre c'est tout pardonner», que es el principio de donde parte la

«elaboración» del discípulo. Este ejemplo nos dió el Maestro, acomodándose a cada cual, según convenía.

Por otro lado, si pretendemos buscar enseñanzas por cualquier lado que no sea directamente del Maestro a quien seguimos, estamos también perdiendo gran parte del trabajo. Con frecuencia, estamos inclinados a considerar al hombre o a los hombres que están por encima de nosotros como infalibles y a aceptar todo cuanto dicen por el mero hecho de que «están en autoridad», pero esto no es totalmente bíblico, y, desde luego, no es en modo alguno práctico. La vida nos enseña cada día de qué manera caen aquellos hombres que se creen «super hombres», o «maestros de los demás» y esta lección, que Dios, sin duda, permite, se nos presenta para que acudamos al verdadero Maestro, al que habla en las Escrituras, al que no interpreta un versículo a su capricho, al que no desvirtúa un tema de doctrina para justificar su actuación en la iglesia.

Como los cristianos de Berea, que fueron «más nobles» que los de Tesalónica, escudriñando la Palabra a ver si era verdad lo que le decían los misioneros, el cristiano hoy debe poner a prueba toda enseñanza abriendo la Biblia porque está llena de alusiones a los falsos maestros, a los que se disfrazan de ángeles de luz, a los que predican por envidia, a los que tienen la piedad por granjería, a los que tienen señorío sobre la grey, etc.

El discípulo que quiera ser maestro tiene que recurrir al verdadero Maestro y entonces, no sólo el anciano, sino hasta la anciana estará capacitado para «enseñar lo que es bueno» (Kalodidáskalos, única vez que aparece esta palabra en el Nuevo Testamento), observando que anciano y anciana tienen la misma

palabra básica griega «presbitéros» que nos da un sentido más claro que el de «las viejas... maestras de honestidad» en Tito. El discípulo que siga fielmente a Cristo como Maestro de la Verdad estará en condiciones de ser obrero fiel, obrero «que traza bien la palabra de verdad», como requiere San Pablo a Timoteo. En el Testamento griego de Cambridge se nos dice que esta enseñanza de las mujeres no se refiere a las asambleas de cristianos (1.ª Tim. 2.12), sino a casos privados como los de Loida y Eunice (1.ª Tim. 3.15 con 1.5).

Dios ha dividido su revelación en etapas, en grados, en dispensaciones, y su Palabra ha ido viniendo al hombre hasta llegar al Logos hecho carne. Y el Cristo ha existido y ha intervenido a través de los tiempos; ¿no será, pues, preciso que el maestro precisamente aprenda eso, a dividir los tiempos con exactitud, la palabra de verdad, las épocas de revelación? Cuando los exégetas vienen a este versículo de la 2.ª Timoteo encuentran que el término «traza» aparece una sola vez en el Nuevo Testamento, y referido a los dos únicos lugares de Proverbios que aparecen en la Septuaginta (3.6 y 11.5), nos dan la idea de «dividir rectamente» el «lógos tes alezeías» (la palabra de verdad), luego el discípulo ha de recibir del Maestro-Logos que es en sí mismo la Verdad dispensada según los tiempos.

Cuando aprendemos del Maestro a ministrar la Palabra con inteligencia, entonces podremos estar en condiciones de enseñar «como quien tiene potestad y no como los escribas», esto es que nuestra enseñanza, por no reducirse a nuestros tópicos manidos y a nuestra estrechez de mente, sino mostrando amplitud de

criterios dentro del vasto campo de la enseñanza bíblica, tendrá entonces, y no antes, autoridad.

Ahora bien, el Maestro por excelencia se destacó por su interés en la enseñanza, en el sentido de urgencia de la misma porque, siendo los días cortos, o, como dijera San Pablo, debiendo «redimir el tiempo», consideraba de gran responsabilidad el ocultar a las gentes todo el vasto consejo de Dios. Los religiosos de entonces tenían unas ideas de Dios y de la religión, pero el Maestro vino a enseñarles nuevas cosas, mejores cosas, sublimes cosas que aquellos «hombres de iglesia» ignoraban. Los jefes de las iglesias (sinagogas) reaccionaron contra este Maestro porque «se salía del patrón que ellos tenían marcado en la enseñanza de los fieles», y así todo maestro que quiera enseñar con autoridad, utilizando todo el vasto consejo de Dios, abriendo sus ojos al enorme arco iris de Dios, tropezará con los estrechos de mente, con los miopes religiosos que impedirán el realizar esa labor de urgencia: dar las nuevas cosas a las almas porque el tiempo del fin está cerca. Nosotros tenemos, pues, que aprovechar todas las oportunidades para transmitir el consejo de Dios a las almas, con el celo con que Marcos nos lo presenta, en la obra del Maestro. Allí el Maestro es incansable, abre constantemente nuevas ideas, enseña nuevas cosas, ejerce misericordia, perdón, tolerancia, y acusa a los hipócritas que aunque le digan Señor, Señor, no entrarán en el reino de los cielos.

El Maestro enseña a libertar a los cautivos de los patrones eclesiásticos rígidos, que por su misma rigidez son falsos, y señala a aquellos falsos maestros que «ni entran, ni dejan entrar», que «dicen y no hacen», «que son maestros y no saben». Desde los Hechos y en las epístolas, encontramos a los maestros «crueles», «engañosos», «avaros», «impíos», «orgullosos e ignorantes», «corrompidos y réprobos», aquellos que, por no sentirlo, por no vivirlo, por su incompetencia, no pueden decir como San Pablo: «porque no he rehuído de anunciaros todo el consejo de Dios».

Y porque el Maestro era veraz, y porque el Maestro no era hipócrita, y porque el Maestro tenía un amor no fingido por las almas, y porque el Maestro no tenía interés en mantener su denominación, y porque el Maestro no tenía que justificar sus ingresos frente a una misión, o a una obra, y porque el Maestro sentía en lo hondo de su corazón la necesidad que el pueblo tenía, y tiene de la Palabra de Dios, de la Verdad y porque el Maestro sabía que se acercaba una justicia divina en la que cada uno dará cuenta de sí, se acercaba al mundo sombrío, con autoridad, con poder, con elocuencia, para invitarle, para decirle con confianza: «Venid a mí todos...» y luego: «Todo lo que el Padre me da vendrá a mí; y al que a mí viene no le echo fuera».

Si queremos imitar al Maestro, y debemos imitarle, hemos de preguntarnos dos cosas: ¿podemos con autoridad decir «venid a la doctrina verdadera y amplia que yo vivo, además de enseñarla»? y, ¿he sido yo causa de «echar fuera a alguien», contrariamente al Maestro que no echa fuera? En otras palabras, ¿quién de vosotros se atreverá a suplantar la persona del Maestro frente a un alma necesitada, de enseñanza, de consuelo, de comprensión, de misericordia, de perdón?

Capítulo X

Las Glorias de Cristo

«Y todo lo que pidiereis al Padre en mi nombre, esto haré para que el Padre sea glorificado en el Hijo», leemos en el Evangelio de San Juan, y de la sentencia se destacan tres enseñanzas: la fuerza del «nombre» de Jesús, la «unidad» del Padre y el Hijo (vosotros le pedís a Él y Yo haré) y la «glorificación».

Hemos venido estudiando nombres o títulos de Jesús, y hemos indicado que podríamos encontrar más si no pensáramos que este libro no debe ser muy extenso. El mismo Jesús se llama a sí mismo: «estrella resplandeciente» (Ap. 22.16), «el pan vivo» (Juan 6.51), «la luz del mundo» (8.12), «la puerta» (10.9), «el buen pastor» (10.11), «la resurrección y la vida» (11.25) «la vid verdadera» (15.1), «el camino, la verdad y la vida» (14.6), «la raíz y el linaje de David» (Ap. 22), «Alfa y Omega» (idem), etc. y todos aquellos títulos y nombres, todos estos tipos y símbolos no hacen sino hablarnos de esas tres cosas; la fuerza del nombre, su unidad con el Padre (que es divinidad) y su gloria.

Ya al iniciarse el Evangelio de San Juan se nos dice que al hacer los milagros de Caná de Galilea «manifestó su gloria», cosa verdaderamente importante por cuanto indica que cada milagro de los rea-

lizados por Jesús constituyen una manifestación más de su gloria, y así en el caso del ciego que fué a lavarse al estanque de Siloé (Juan 9), el Maestro explica a los que preguntan: «ni éste pecó ni sus padres, mas para que las obras de Dios se manifiesten en él». Lo mismo aconteció en el notable caso de Lázaro. De él dijo Jesús: «Esta enfermedad no es para muerte, más por gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella», y a Marta, la que no estuvo a los pies del Salvador, el amigo de la familia tuvo que repetirle: «¿No te he dicho que si creyeres verás la gloria de Dios?», que era, indudablemente, la gloria de Cristo también.

Los que amamos a Jesús debemos dar gloria a su nombre cada día, no tan sólo en la iglesia, sino fuera de ella, en nuestro quehacer cotidiano, en nuestro contacto con el mundo que no le conoce, para advertencia y posible salvación de los incrédulos. San Lucas nos relata (cap. 13) que las cosas que hacía y decía Jesús «avergonzaban a todos sus adversarios, mas todo el pueblo se gozaba de todas las cosas gloriosas que por él eran hechas» y esta diferencia entre los que creen y los que no creen ha de hacerse definitivamente patente a la vuelta de Cristo, como San Pablo recuerda a los de Tesalónica: «...a vosotros... reposo... cuando se manifestará el Señor Jesús del cielo... en llama de fuego para dar pago a los que no conocieron a Dios ni obedecen al evangelio... los cuales serán castigados... por la gloria de su potencia» (2.ª cap. 1).

Se nos dice de modo absoluto que la realización de los milagros era manifestación visible de su gloria, y el primero fué, en la boda de Caná, la conversión del agua en vino; más tarde manifiesta su gloria

multiplicando los panes y alimentando a millares de personas. Por ello una somera mención, o recuerdo, de sus milagros nos es buena para refrescar en nuestros corazones el sentido de «las glorias de Cristo».

Además de en la transmutación de los elementos, Jesús manifestó su gloria en su poder frente a la naturaleza. En el Salmo 119.91 leemos: «por tu ordenación perseveran hasta hoy las cosas criadas porque todas ellas te sirven», y así en la «gran tempestad» del lago que recordamos al principio, los vientos y la mar le obedecieron a una sola de sus palabras. La sorpresa del hombre, como simple hombre, es ésta: «¿Qué hombre es éste que aún los vientos y la mar le obedecen,», pero el rey Salomón en sus Proverbios nos dice que él «ponía a la mar su estatuto y a las aguas que no pasasen su mandamiento, cuando establecía los fundamentos de la tierra» (cap. 8).

Parece deducirse de la lectura de los Evangelios que en el tiempo de nuestro Señor Jesucristo había una manifestación especial del diablo en aquellos seres poseídos por él, produciendo espectáculos horribles ante las gentes del pueblo, y en este campo del diablo Jesús manifestó repetidamente su gloria durante su ministerio público. «Y como él hubo llegado en la otra ribera al país de los Gergesenos, le vinieron al encuentro dos endemoniados que salían de los sepulcros, fieros en gran manera que nadie podía pasar por aquel camino». Entendemos fácilmente que el pueblo estaría atemorizado, que nadie se atrevería a pasar por allí y que los endemoniados arremeterían contra cualquiera que se les apareciese, pero he aquí el contraste. La gloria de Dios les aniquiló de tal manera sólo con la presencia de Je-

sús que los mismos diablos, reducidos en su temor, preguntaron: «...Jesús, Hijo de Dios, ¿has venido acá a molestarnos antes de tiempo?» ¡Cómo temen los diablos la gloria de Jesús!

Lo mismo ocurrió con la mujer cananea («Señor, Hijo de David, ten misericordia de mí; mi hija es malamente atormentada del demonio») o con el muchacho lunático, que «muchas veces cae en el fuego y muchas en el agua», etc., etc. de tal manera que las gentes «inquirían entre sí diciendo: ¿Qué es esto? ¿Qué nueva doctrina es ésta que con potestad aun a los espíritus inmundos manda y le obedecen?», o, como leemos en otro lugar: «echado fuera el demonio el mundo habló y las gentes se maravillaron diciendo: Nunca ha sido vista cosa semejante en Israel» (Marc. 1.27 y Mat. 9.33). Ahora bien, la explicación clara nos la da el Apóstol Juan en su primera carta, capítulo tercero: «Para esto apareció el hijo de Dios para deshacer las obras del diablo». Jesús, mi querido lector, tiene a nuestra disposición su gloria para destruir al diablo que quiera encadenarnos, si nosotros le pedimos a Él que venga a destruirlo...

En la resurrección de muertos, Jesús, ante el enorme asombro de las multitudes, manifestó su gloria, que pregonó por medio de los discípulos de Juan, diciéndoles: «los ciegos ven, los cojos andan... los muertos son resucitados...», al objeto de mostrar que, en efecto, él era el Mesías, o Ungido de Dios, esperado. En cada caso el Señor sencillamnte pronunció la palabra, cumpliéndose lo que dijera el salmista: «él dijo y fué hecho; él mandó y existió» (33.9). A la voz de «Lázaro, ven fuera», nos dice la Palabra de Dios que: «el que había estado muerto, salió, atadas las manos y los pies con vendas; y su rostro estaba envuelto en un sudario».

Y si él mostró su gloria en la resurrección de otros, ¿cómo no iba a manifestarla, aún más sorprendentemente, con su propio cuerpo? Él afirmó que tenía poder para poner su vida, pero lo más notable es que tenía poder para VOLVERLA A TOMAR.

Otra de las glorias de Jesús es aquella que encontramos en el Éxodo 15.11: «¿Quién como tú magnífico (glorioso) en santidad...?» pues si bien se dirigen a Jehová, ya hemos visto la relación de Jesús con su padre a estudiar este nombre. Por eso San Juan nos lo presenta como «el SANTO de Dios» y en los Hechos le vemos como «el santo y el justo». El nacimiento de Jesús, además de por otras cosas, nos interesa por lo glorioso de su santidad; es por ello que el ángel explica a María: «...lo Santo que nacerá...», ese niño que habría de hacer girar la historia, que habría de conmover a las naciones, que habría de acaudillar masas internacionales, porque no podía morir, porque habría de resucitar, toda vez que lo santo no muere, y el salmista nos recuerda que Dios no permitirá que su «santo vea corrupción».

La santidad de Jesús le permitió ser «el cordero de Dios» porque era «sin mancha» y a pesar de sufrir tentación, a pesar de que el diablo le buscó por los cuatro costados, fué «sin pecado», como leemos en Hebreos: «...tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado» y de esta manera, la noche anterior a la cruz pudo decir en buena conciencia «viene el príncipe de este mundo, mas no tiene nada en mí», porque ninguna parte de su santo Ser, espíritu, cuerpo o alma, cedió en ningún momento para

que se pudiera decir de Él «no hizo pecado ni fué hallado engaño en su boca» (1.ª Ped. 2). Incluso Pilato tuvo que admitir tres veces que no hallaba falta en Él, de modo que cuando Cristo se dió a sí mismo por nosotros como Ofrenda y Sacrificio a Dios, pudo hacerlo como se lee en Hebreos 9.14: «se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios».

Es, pues, natural, que otra de sus glorias sea la transfiguración, cuando Dios Padre le concedió «honor y gloria», como leemos en el relato famoso. La impresión que registró las pupilas y los corazones de los discípulos más íntimos del Maestro, quedó para siempre grabada en sus vidas y la manifestaban en toda ocasión. San Pedro escribía en su carta segunda: «No os hemos dado a conocer la potencia y la venida de nuestro Señor Jesucristo, siguiendo fábulas por arte compuestas; sino como habiendo con nuestros propios ojos visto su majestad porque él había recibido de Dios Padre honra y gloria, cuando una tal voz fué a él enviada de la magnífica gloria: éste es el amado hijo mío, en el cual yo me he agradado». Ningún profeta, ni sacerdote, ni rey, tuvo jamás el honor y la gloria que se le confirió a Jesús y de nadie se escribió ni se dijo jamás lo que dijo y escribió Juan: «Vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre», es decir una gloria que sólo le pertenece a él por su calidad única de ser Hijo de Dios.

¡Y qué maravilla, qué incomprensión para la mente de Adán, el verle caminar con decisión, a aquel que había estado en las mansiones celestiales y se redujo a un pobre pesebre de un pobre pueblo, hacia Jerusalem para sufrir toda clase de humillaciones, de azotes y salivazos, de juicio indigno, de empujones, de perforaciones en su carne, de dolor y derramamiento de sangre, de sequedad y angustia, de vacío y de negrura y de reverencial miedo...! ¡Ah, el terror de la cruz! Y, sin embargo, aquella cruz se convirtió en una de las glorias de Jesús... San Pablo nos dice, además, que quien fué clavado al madero horripilante fué el «Señor de gloria».

Por esto, cuando el Hijo del Hombre venga en Su reino vendrá con todo poder, pero con toda su gloria, y ¡ay del malo!, ¡ay del impío! porque la Biblia nos advierte que ese que se humilló hasta lo sumo para tender una mano de amor y de amistad al hombre caído y levantarle, ese que se dejó matar por amor, ese que vino a dar su vida por nosotros, no tolerará el mal y al propio diablo, al propio malvado e incitador de lo malo «destruirá con el resplandor de su venida».

Su exaltación, el que sea «cabeza de todo principado y potestad» (Colos. 2). constituye otra de sus glorias porque él, en efecto, fué el creador de todas las cosas y nada de lo creado apareció por «generación espontánea», sino que «sin él nada fué hecho». Es sólo natural que Dios, como escribe a los de Efeso San Pablo «colocándole a su diestra en los cielos, sobre todo principado y potestad y potencia y señorío, y todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo más aún en el venidero, sometió todas las cosas debajo de sus pies y diólo por cabeza sobre todas las cosas a la Iglesia».

La gloria de Cristo le eleva por encima de los ángeles, aunque en esto hallamos el maravilloso contraste, la divina paradoja de que Dios para la enorme obra de redención del hombre «no tomó a los ángeles, sino a la simiente de Abraham... por lo cual

debía ser en todo semejante a los hermanos para venir a ser misericordioso y fiel Pontífice...», razón por la cual le vemos «como hombre, se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz» (Heb. 2 y Fil. 2). Pero, aunque es hecho «un poco menor que los ángeles» para esa obra de identificación con el hombre, inmediatamente después, Dios le ensalzó a lo sumo, llevándole a donde estaba antes, como dice San Juan, y entonces leemos: «se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas, hecho tanto más excelente que los ángeles cuanto alcanzó por herencia más excelente nombre (otra vez el nombre) que ellos» (Heb. 1). A partir de entonces, ya entendemos lo que encontramos en los Evangelios, que él vendrá con SUS ángeles, con «los ángeles de SU potencia» (2.ª Tes.).

¿Puede tener la Iglesia alguna cabeza más digna que esta? Al hombre que pretenda ser cabeza le faltará siempre la «gloria» porque Cristo y sólo Cristo es el que tiene la gloria de ser «cabeza» de la Iglesia. He aquí cómo lo encontramos en Colosenses: «Y él es la cabeza del cuerpo que es la iglesia», luego de haber sido «glorificado». Y si leemos que la mujer fué hecha de una costilla del hombre, mientras éste, Adán, dormía, y luego él confesó que era «carne de su carne y hueso de sus huesos», ¿no encontramos una figura espiritual animadora en la idea de que la mujer, la esposa, la Iglesia, fué tomada de Cristo (la Iglesia es «el cuerpo de Cristo») mientras él dormía ese sueño de muerte y resurrección, ese sueño de transición que operaba la salvación de los suyos, de los que forman ese Cuerpo?

Finalmente, el Evangelio de Dios es otra de las glorias de Cristo, como leemos en la 2.ª Corintios,

cap. 4: «...el dios de este siglo cegó los entendimientos de los incrédulos para que no les resplandezca la lumbre del evangelio de la gloria de Cristo...» y así San Pablo nos enseña (1.ª Cor. 2.) que el que fué crucificado fué nada menos que «el SEÑOR de la gloria». Cuando Jesús está recordándole al Padre «la gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese» quiere llevarnos en el pensamiento al principio de todas las cosas, a la creación, en donde Él estaba, o en otras palabras, según leemos en Colosenses, «Él es antes que todas las cosas». De esta forma, San Juan puede afirmar que «en el principio era el Verbo y el Verbo era con Dios y el Verbo era Dios», en la gloria, razón por la cual cuando Cristo baja a la tierra es el mismo «resplandor de la gloria de Dios». Aquella gloria que el Hijo tuvo con el Padre antes de que el mundo fuese es la gloria que ningún hombre ha visto jamás, es la gloria de aquella «luz inaccesible»...

Cristo ascendió, pero nos dejó su gloria. Hoy nosotros podemos gozar de su gloria porque sus palabras son siempre fieles, y él nos dijo: «... cuando viniere aquel Espíritu de verdad, él os guiará a toda verdad... Él me glorificará porque tomará de lo mío y os lo hará saber...». Y nosotros, queridos hermanos, en medio de dificultades, en medio de incomprensiones, en medio, tal vez, de persecuciones, y, desde luego en el centro de los ataques del maligno, nos gozamos hoy en las glorias de Cristo porque el Espíritu Santo nos las revela cada día en Su Palabra, compartimos las glorias de Cristo en las «inescrutables riquezas» de su Palabra que estudiamos cada día...

El Santo Espíritu movió a los escritores de la Biblia y en ella nosotros vemos a Jesús, en la gloria de cada uno de sus títulos, en la gloria de cada uno

de sus nombres, y en esa gloria cada día debemos movernos, debemos respirar, debemos actuar. No importa el león rugiente que busca a quien devore, nosotros tenemos en nuestro camino las glorias de Cristo, las inescrutables riquezas de sus títulos, de sus nombres...

Obras del mismo autor:

- Conozca la Biblia
- Escribiendo la Biblia
- María Jones y la Biblia
- ¿Qué es el Nuevo Testamento?
- Biografías bíblicas

Traducciones:

- Nuevo Auxiliar Bíblico

De próxima aparición:

- Jorge Borrow y la Biblia
- Conversión en Mallorca